

CRISTIANDAD

Año XXII - Núm. 417

BARCELONA

NOVIEMBRE 1965

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958

EL FINAL DEL CONCILIO SERA EL PRINCIPIO DE MUCHAS COSAS

(del Discurso de Paulo VI en la Sesión de 18-11-65)

El Concilio más amplio y solemne en la historia de la Iglesia

(...)

Ningún otro Concilio en la Iglesia de Dios ha tenido proporciones más amplias, trabajos más asiduos y tranquilos, temas más variados y de mayor interés: la vida propia de la Iglesia, los hermanos cristianos aún separados de su comunión, las demás religiones no cristianas, la Humanidad en general, que en este mismo Concilio hemos aprendido a conocerla mejor en sus complejos y formidables problemas y a amarla más en orden a su bienestar, a su paz y a su salvación. ¡Alabado sea Dios, sea alabado El sólo, Dios nuestro Padre, óptimo y sumo, por Jesucristo nuestro único y amadísimo Señor, en el Espíritu Santo, dulcísimo Paráclito que con su claridad nos alimenta, nos guía y nos conforta! ¡Alabado sea Dios!

Organismos para la aplicación de las normas conciliares

Bástenos en este momento dirigir nuestra atención a algunas consecuencias relativas, decíamos, al fin del Concilio Ecuménico. Este fin es más bien el principio de muchas cosas, comenzando por la institución de los órganos que deben colaborar con Nos en la definición de las normas iniciadas por los decretos conciliares. Nos pensamos proceder cuanto antes a dicha institución, ya

que nuestro propósito es dar prontamente ejecución a las sagradas deliberaciones de este sínodo ecuménico. Hemos ya establecido tres Comisiones posconciliares: la relativa a la sagrada Liturgia, la relativa a la revisión del Código de Derecho canónico, y la que se esfuerza por actuar las disposiciones del Decreto acerca de las comunicaciones sociales. Además, sin esperar la aprobación del esquema «De Pastoralis Eposcoporum munere in Ecclesia», para escuchar plenamente el voto en él contenido, hemos anunciado la institución del sínodo episcopal, que esperamos, Dios mediante, poder convocar por primera vez, si no en el próximo año —enteramente ocupado con otros trabajos posconciliares— en el sucesivo, en 1967, en el cual deberemos, en forma adecuada, conmemorar el centenario del martirio del apóstol Pedro, como lo estableció el siglo pasado nuestro predecesor de venerada memoria Pío IX.

Razonable gradualidad

Asimismo será preocupación nuestra establecer cuanto antes las Comisiones que el Concilio haya decretado que se constituyan para integrar las normas de los decretos conciliares, o para realizar trabajos relativos a su aplicación (confer. Decr. de pastoralis Episcoporum munere, núm. 44).

Nuevas oficinas se abrirán para los nuevos servicios que los estatutos de este Concilio y las exigencias de la

La vocación de Israel a la luz del Vaticano II
será el tema de nuestro número de diciembre

renovación de vida de la Iglesia hagan necesarias. No falta por nuestra parte el propósito de llevar a buen término estas consecuencias que resultan de la celebración del sínodo ecuménico, y de proseguir las actividades, a las cuales ha dado principio, como las de los tres secretariados que ya funcionan perfectamente: uno, para favorecer la reintegración de todos los cristianos en la unidad de la misma Iglesia; otro, para las relaciones con las religiones no cristianas, y, el tercero, para el estudio y el cuidado de los que no creen. El Señor sostenga nuestro querer y nos dé fuerzas y medios para corresponder a nuestros deberes.

Pero esto, venerables hermanos, exigirá algún tiempo: en todo caso no se atribuya a falta de fidelidad a los propósitos que acabamos de anunciar, si estas y otras ramificaciones de los órganos centrales del gobierno eclesiástico se realizan con una razonable gradación y si se estudian y disponen de modo que se eviten el excesivo peso burocrático y el inútil recargo económico.

No vamos a formar una nueva y artificiosa concentración jerárquica, sino a interesar al episcopado en la obra de la aplicación de las leyes conciliares y también servirnos, en lo posible, de su colaboración para cumplir mejor nuestro oficio apostólico del gobierno universal de la Iglesia. La nueva eficiencia reconocida a las Conferencias Episcopales es un hecho importante en el desarrollo orgánico del Derecho canónico, y como Nos lo hemos saludado y promovido gustosamente, así esperamos que proporcionen saludable y honorífico incremento a la santa Iglesia en las diversas naciones y regiones y que, lejos de fraccionar y separar entre ellos a los miembros visibles del cuerpo místico de Cristo, los articule y los una en una armoniosa y fraterna caridad. Nos favorecemos esto, y los órganos centrales del régimen eclesiástico, y entre ellos, en primer lugar, la Curia romana, como serán para Nos una pródiga ayuda, así serán para toda la organización eclesiástica un poderoso servicio.

La Curia Romana

En cuanto a la Curia romana, permitidnos que, al término de esta gran prueba de la consistencia espiritual y organizadora de la Iglesia católica, la presentemos a vuestra benevolencia y a vuestro agradecimiento. Si hoy la Iglesia católica se halla en las buenas condiciones que, gracias a Dios, podemos apreciar, en buena parte se debe al servicio de este activo y fiel instrumento del oficio apostólico. Sería injusto reputarlo como envejecido, inepto, egoísta y corrompido; le debemos testimonio de buen servicio: los defectos reprochados en otros tiempos a este organismo romano que rodea y sirve al pontificado romano, por la divina misericordia, hoy ya no existen; en cambio el espíritu religiosa, el amor verdadero a Jesucristo, la fidelidad y la obediencia, el celo por la santa Iglesia y la prontitud para favorecer su progreso, afortunadamente guían a la Curia romana y la hacen no sólo idónea para su gran servicio, sino digna también de la confianza de toda la Iglesia. Con esto no queremos excluir que también la Curia romana tenga necesidad de perfeccionarse: todo lo que es humano y todo lo que vive en el tiempo, fácilmente es defectuoso y caduco: más aún, tanto más visibles y deplorables son los defectos del hombre, cuanto más alto es su oficio y cuanto más exigente de coherencia moral y de santidad cristiana es el cargo que desempeña. Somos Nos los primeros no sólo en reconocerlo, sino en predisponer que la Curia romana sea conveniente-

mente restaurada, en conformidad con el párrafo 9 del reciente decreto «De pastorali Eposcoporum munere in Ecclesia» y en velar para que el auténtico espíritu de Jesucristo penetre y anime cada vez más a cuantos tienen el honor de pertenecer a ella.

También respecto de este punto os informamos, venerables hermanos, que no hemos estado ociosos durante este tiempo, a pesar de la sobrecarga de tantos cuidados; los trabajos para la reforma de la Curia romana han sido promovidos y se hallan en buen punto.

Os diremos que no se ven graves necesidades de cambios estructurales, fuera de la sucesión de las personas; hay, en cambio, necesidad de no pocas renovaciones, de algunas simplificaciones y de algunos perfeccionamientos; los criterios que, más bien deben informar este organismo, serán más claramente enunciados y establecidos.

Difundir el mensaje evangélico entre los hombres de nuestro tiempo

La transformación deseada parecerá lenta y parcial; preo debe ser así si se quiere tener con las personas y las tradiciones el debido respeto: pero llegará. Y para dar una prueba de nuestras palabras, podemos comunicaros que dentro de poco será publicado el nuevo estatuto que rige a la primera entre las congregaciones romanas, es decir, el Santo Oficio.

Pero no debemos, venerables padres, preocuparnos tanto de estas reformas, ciertamente necesarias, cuanto de aquellas morales y espirituales que nos hagan más conformes a nuestro divino Maestro y más aptos para los deberes de nuestra respectiva vocación. Debemos atender principalmente a esto: a nuestra efectiva santificación y a la real capacidad de difundir el mensaje evangélico.

Ahora bien, nos parece que es muy importante que nos demos cuenta de cuál deba ser nuestra actitud de ánimo en el período posconciliar. La celebración del Concilio ha suscitado, a nuestro juicio, tres diferentes momentos espirituales. El primero fue el del entusiasmo. Era justo que fuera así: estupor, alegría, esperanza, un sueño casi mesiánico, acogieron el anuncio de la esperada y, sin embargo, inesperada convocación; una brisa de primavera pasó al comienzo sobre todos los ánimos. Siguió un segundo momento, el del efectivo desarrollo del Concilio, que se caracterizó por la problematización; ese aspecto de la problemática era lógico que acompañase al trabajo conciliar que fue, como vosotros sabéis, inmenso, gracias especialmente a los miembros de las Comisiones y Subcomisiones en las cuales la labor de los peritos —de algunos sobre todo— fue muy ponderada y prudente. Para dar un reconocimiento público hemos querido que al menos algunos de ellos estuviesen asociados con nosotros en la celebración del divino sacrificio. Pero en algunos sectores de la opinión pública, todo se convirtió en discutido y discutible, todo apareció difícil y complejo, se pretendió someter todo a la crítica y a la impaciencia de las novedades. Aparecieron inquietudes, corrientes, temores, audacias, ámbitos; todo se hizo dudoso incluso los cánones de la verdad y de la autoridad, hasta que comenzó a hacerse oír, suave, meditada, solemne, la voz del Concilio. En este último tramo del Concilio sus graves y alentadoras palabras diran cuál deba ser la forma de vida de la Iglesia. Viene, por esto, el tercer momento, el de los propósitos, el de la aceptación y de la ejecución de los decretos conciliares. Y éste es el momento para el que

cada uno debe disponer su propio espíritu. La discusión acaba; empieza la comprensión. A la acción del arado que revuelve la tierra, sucede el cultivo ordenado y positivo.

El «aggiornamento» sabia penetración del espíritu del Concilio

La Iglesia se reorganiza con las nuevas normas que el Concilio le ha dado. La fidelidad la caracteriza; una novedad la califica, la de la conciencia acrecentada de la comunión eclesial, de su maravillosa trabazón, de la mayor caridad que debe unir, activar, santificar, la comunión jerárquica de la Iglesia. Es éste el período del verdadero «aggiornamento» preconizado por nuestro predecesor de venerada memoria Juan XXIII, el cual no quería ciertamente atribuir a esta programática palabra el significado que alguno intenta darle, como si ella consistiera «relativizar» según el espíritu del mundo todas las cosas de la Iglesia: dogmas, leyes, estructuras, tradiciones, siendo así que estuvo en él tan vivo y firme el sentido de la estabilidad doctrinal y estructural de la Iglesia que lo constituyó en eje de su pensamiento y de su obra. «Aggiornamento» querrá decir de ahora en adelante, para nosotros, sabia penetración del espíritu del Concilio que hemos celebrado y aplicación fiel de sus normas feliz y santamente emanadas.

Pensamos que en esta línea se debe desarrollar la psicología nueva de la Iglesia: clero y fieles tendrán que desarrollar una magnífica labor espiritual para la renovación de la vida y de las acciones según Cristo Señor: y a esta labor invitamos a nuestros hermanos y a nuestros hijos: a aquellos que aman a Cristo y a la Iglesia estén aquí con Nos en la profesión más clara del sentido de la verdad propio de la tradición doctrinal que Cristo y los apóstoles inauguraron, y con él el sentido de la disciplina eclesiástica y de la unión profunda y cordial que nos hace confiados y solidarios como miembros de un mismo cuerpo.

Hacia la glorificación de dos excelsos romanos pontífices

Y para que todos seamos confortados en esta renovación espiritual, proponemos a la Iglesia recordar piadosamente las palabras y los ejemplos de dos de nuestros últimos predecesores, Pío XII y Juan XXIII, a quienes la Iglesia y el mundo tanto deben, y disponemos a este fin, que sean iniciados canónicamente los procesos de beatificación de estos Sumos Pontífices tan piadosos y excelsos y tan queridos para nosotros. Así será acogido

el deseo que innumerables voces han expresado en tal sentido para uno y para otro; así quedará asegurado para la historia el patrimonio de su herencia espiritual; se evitará que ningún otro motivo que no sea el culto de la verdadera santidad, es decir, de la gloria de Dios y la edificación de su Iglesia, deforme sus auténticas y queridas figuras para nuestra veneración y para la de los siglos futuros. El proceso, como se sabe, no podrá ser rápido, pero será presuroso y regular, y quiera Dios que nos conduzca allí donde desde ahora esperamos llegar.

En nombre de María «Madre de la Iglesia»

El próximo fin del Concilio nos sugeriría hacer el recuento de los frutos que hasta este momento ha hecho madurar, ya sea en el orden de la doctrina, entregando a la Iglesia magníficos y riquísimos documentos de verdad y de acción, ya también en el orden de la caridad reuniéndonos aquí a todos desde la extremidad de la tierra, para conocernos, para orar, estudiar y deliberar juntos, para profesar juntos nuestra fidelidad a Cristo y a su Evangelio y para aumentar nuestra capacidad de amor entre nosotros mismos y hacia los hermanos separados, hacia los pobres, los que sufren, hacia el mundo que piensa, que trabaja, hacia la Humanidad entera. Pero no hay tiempo para hacer una síntesis tan vasta; tendremos todos otras ocasiones para un estudio semejante, lo tendrán nuestros descendientes.

Por ahora concluyamos simplemente expresando el propósito, que quiere ser un estímulo para perpetuar la memoria del Concilio, de erigir una nueva Iglesia en Roma, donde las necesidades pastorales lo exijan, dedicada a María Santísima, Madre de la Iglesia, de la que ella es hija bendita, primera y privilegiada.

En segundo lugar, anunciamos nuestra intención de promulgar un jubileo especial para toda la Iglesia, desde el final del Concilio hasta la fecha de Pentecostés, para difundir con la predicación el mensaje de verdad y de caridad del Concilio mismo y acrecentar en los fieles el sentido comunitario en torno al pastor de la propia diócesis, exhortando a todos y a cada uno a aprovecharse y gozar del «ministerio de la reconciliación» (2 Cor., 5, 18), que estará abierto lo más ampliamente posible y ofrecido a todos los hombres de buena voluntad. Las noticias y normas referentes a esto serán divulgadas cuanto antes.

Ya es tiempo de que, poniendo fin a este discurso, terminemos la solemne sesión que estamos celebrando, sin dejar de agradecer vuestra presencia y vuestra participación en estos graves y suaves sagrados ritos. Os saludamos a todos en el Señor, y en su nombre santísimo, os bendecimos.

A Vd. le interesará el libro que acaba de aparecer

EN TORNO AL DIALOGO CATOLICO PROTESTANTE

Francisco Canals Vidal

Edi. HERDER

MISTERIUM FIDEI

(de la Carta encíclica sobre la Eucaristía)

Las Misas privadas

«Para que la esperanza no se vea frustrada por los gérmenes ya esparcidos de falsas opiniones

(...)

En la materia de que tratamos no faltan motivos de grave solitud pastoral y de ansiedad, acerca de las cuales la conciencia de nuestro deber apostólico no nos permite callar.

En efecto, sabemos ciertamente que entre los que hablan y escriben de este sacrosanto misterio hay algunos que divulgan ciertas opiniones acerca de las misas privadas, del dogma de la transubstanciación y del culto eucarístico, que turban las almas de los fieles, engendrándoles no poca confusión en las verdades de la fe, como si fuese lícito a cualquiera echar en olvido la doctrina definida ya por la Iglesia e interpretarla de modo que el genuino significado de las palabras o la reconocida fuerza de los conceptos queden disminuidos.

No se puede, en efecto, por poner un ejemplo, exaltar tanto la misa llamada «comunitaria», que se descarte la misa privada; ni insistir tanto en la razón de signo sacramental como si el simbolismo, que todos ciertamente admiten en la sagrada Eucaristía, expresase exhaustivamente el modo de la presencia de Cristo en este sacramento; o discutir acerca del misterio de la transubstanciación sin decir una palabra de la admirable conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo y de toda la substancia del vino en su Sangre, de que habla el Concilio de Trento, de suerte que queden limitados solamente, como dicen, a la «transignificación» y «transfinalización»; o, finalmente, proponer y llevar a la práctica la opinión según la cual en las hostias consagradas que quedan después de la celebración del sacrificio de la misa Nuestro Señor Jesucristo no está ya presente.

Cualquiera ve cuánto daño reciben de estas opiniones y de otras semejantes que se divulgan la fe y el culto de la divina Eucaristía.

Así, pues, para que la esperanza suscitada por el Concilio dé una nueva luz de piedad eucarística que inunde a toda la Iglesia, no se vea frustrada por los gérmenes ya esparcidos de falsas opiniones, hemos decidido hablar con vosotros, venerables hermanos, de este grave tema y comunicaros acerca de él nuestro pensamiento con autoridad apostólica.

«...sentimos el deber de avisar del gran peligro que estas opiniones constituyen para la recta fe»

Ciertamente. Nos no negamos a los que divulgan tales opiniones el deseo nada despreciable de escrutar y desentrañar las inagotables riquezas de tan gran misterio y descubrir su sentido a los hombres de nuestra época; más aún: reconocemos y aprobamos este deseo; pero no podemos aprobar las opiniones que defienden, y sentimos el deber de avisar del gran peligro que esas opiniones constituyen para la recta fe.

Ante todo queremos recordar una verdad, de vosotros bien sabida, pero muy necesaria para eliminar todo veneno de racionalismo; verdad que muchos católicos han sellado con su propia sangre y que célebres Padres y Doctores de la Iglesia han profesado y enseñado constantemente, esto es, que la Eucaristía es un altísimo misterio, más aún, hablando con propiedad, como dice la sagrada liturgia, el misterio de fe; «Efectivamente, en sólo él, como muy sabiamente dice nuestro predecesor, León XIII, de feliz memoria, se contienen con singular riqueza y variedad de milagros todas las realidades sobrenaturales» (Carta encíclica *Mirae caritatis*; Acta Leonis XIII, vol. XXII, 1902-1903, p. 122).

Es, pues, necesario que nos acerquemos, particularmente a este misterio, con humilde reverencia, no buscando razones humanas, que deben callar, sino adhiriéndonos firmemente a la Revelación divina.

«LA EUCARISTIA ES UN MISTERIO DE FE»

San Juan Crisóstomo, quien, como sabéis, trató con palabra tan elevada y con tanta penetración de piedad del misterio eucarístico, instruyendo en una ocasión a sus fieles acerca de esta verdad, se expresó en estos apropiados términos: «Inclinémonos ante Dios; y no le contradigamos, aun cuando lo que Él dice pueda parecer contrario a nuestra razón y a nuestra inteligencia, sino que su palabra prevalezca sobre nuestra razón e inteligencia. Observemos esta misma conducta respecto al misterio (eucarístico), no considerando solamente lo que cae bajo los sentidos, sino atendiendo a sus palabras. Porque su palabra no puede engañar» (In Math., homil. 82, 4; Migne, P. G., 58, 743).

Idénticas afirmaciones han hecho con frecuencia los Doctores escolásticos. Que en este sacramento esté presente el Cuerpo verdadero y la Sangre verdadera de Cristo, «no se puede percibir con los sentidos —como dice Santo Tomás—, sino sólo con la fe, la cual se apoya en la autoridad de Dios. Por esto, comentando el paso de San Lucas, 22, 19, Hoc est Corpus meum quod pro vobis tradetur (Esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros), Cirilo dice: No dudes si esto es verdad, sino más bien acepta con fe las palabras del Salvador: porque siendo Él la verdad, no miente» (Summ. Theol., IIa. a 75, a. 1 c).

Por eso, haciendo eco al doctor Angélico, el pueblo cristiano canta frecuentemente: «Visus tactus gustus in te fallitur, sed auditu solo tuto creditur; credo quidquid dixit Dei Filius, nil hoc Verbo veritatis verius» (En ti se engaña la vista, el tacto, el gusto; solamente se cree al oído con certeza. Creo lo que ha dicho el Hijo de Dios, pues no hay nada más verdadero que la Palabra de la verdad).

Más aún, San Buenaventura afirma: «Que Cristo esté en el sacramento como signo, no ofrece ninguna dificultad; pero que éste verdaderamente en el sacramento, como en el cielo, he aquí la grandísima dificultad; creer, pues, esto es muy meritorio» (In IV Sent., dist. X, P. I. a. I, q. omn., t. IV, Ad claras Aquas, 1889, p. 217).

Por lo demás, esto mismo insinúa el Evangelio cuando cuenta que muchos de los discípulos de Cristo, después de haber oído que habían de comer su Carne y beber su Sangre, volvieron las espaldas al Señor diciendo: «Duro es este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?». Pero Pedro, por el contrario, al preguntarle Jesús si también los Doce se querían marchar, afirmó pronta y firmemente su fe y la de los apóstoles, dando esta admirable respuesta: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn. 6, 61-69).

Es, pues, lógico que al investigar este misterio sigamos como una estrella al magisterio de la Iglesia, al que el divino Redentor han confiado la Palabra de Dios, escrita y transmitida oralmente para que la custodie y la interprete, convencidos de que «aunque no se indague con la razón, aunque no se explique con la palabra, todavía es verdad, sin embargo, lo que desde la antigua edad con fe católica veraz se predica y se cree por toda la Iglesia» (San Agustín, Contr. Julian., IV, 5, 11; Migne P. L. 44, 829).

«Es preciso atenerse a una manera apropiada de hablar para no dar origen a falsas opiniones»

Pero esto no basta. Efectivamente, salva la integridad de la fe; es también necesario atenerse a una manera apropiada de hablar,

para que no demos origen a falsas opiniones —lo que Dios no quiere— acerca de la fe en los altos misterios, al usar palabras inexactas. Esto advierte San Agustín gravemente cuando considera el diverso modo de hablar de los filósofos y del cristianismo: «Los filósofos —escribe— hablan libremente y en las cosas muy difíciles de entender no temen herir los oídos religiosos. Nosotros, en cambio, debemos hablar según una regla determinada, para evitar que el abuso de las palabras engendre alguna opinión impía acerca de las cosas que significan» (San Agustín, *De civit. Dei*, X, 23; Migne P. L. 41, 300).

«La norma de hablar de la Iglesia debe ser rigurosamente observada»

La norma, pues, de hablar que la Iglesia, con un prolongado trabajo de siglos, no sin ayuda del Espíritu Santo, ha establecido, confirmando la autoridad de los Concilios, y que con frecuencia se ha convertido en contraseña y bandera de la fe ortodoxa, debe ser escrupulosamente observada, y nadie, por su propio arbitrio o con pretexto de nueva ciencia, presume cambiarla. ¿Quién, jamás, podría tolerar que las fórmulas dogmáticas usadas por los Concilios ecuménicos para los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación se juzguen como inadecuadas a los hombres de nuestro tiempo y que en su lugar se empleen inconsideradamente otras nuevas? Del mismo modo no se puede tolerar que cualquier persona privada pueda atentar a su gusto contra las fórmulas con que el Concilio Tridentino ha propuesto la fe del misterio eucarístico. Puesto que esas fórmulas, como las demás de que la Iglesia se sirve para proponer los dogmas de la fe, expresan conceptos que no están ligados a una determinada forma de cultura ni a una determinada fase de progreso científico, ni a una u otra escuela teológica, sino que manifiestan lo que la mente humana percibe de la realidad en la universal y necesaria experiencia y lo expresan con adecuadas y determinadas palabras tomadas del lenguaje popular o del lenguaje culto. Por eso resultan acomodadas a los hombres de todo tiempo y lugar.

Verdad es que las fórmulas se pueden explicar más clara y más ampliamente con mucho fruto, pero nunca en sentido diverso de aquel en que fueron usadas, de modo que al progresar la inteligencia de la fe persevere intacta la verdad de la fe. Porque, según enseña el Concilio Vaticano I en los sagrados dogmas, «se debe siempre retener el sentido que la Santa Madre Iglesia ha declarado una vez para siempre y nunca es lícito alejarse de ese sentido bajo el especioso pretexto de más profunda inteligencia» (Constit. dogm. *De fide cathol.*, c. 4).

«Toda misa es acción de Cristo y de la Iglesia»

Conviene, además, recordar la conclusión que se desprende «de la naturaleza pública y social de toda misa» (Const. *De Sacra Liturgia*, c. 1, n. 21 A. A. S. LVI 1964, p. 107). Porque toda misa, aun la celebrada privadamente por un sacerdote, no es privada, sino acción de Cristo y de la Iglesia, la cual, en el sacrificio que ofrece, sabe que se ofrece a sí misma como sacrificio universal, y aplica a la salvación del mundo entero la única e infinita virtud redentora del sacrificio de la cruz. Pues cada misa que se celebra se ofrece no sólo por la salvación de algunos, sino también por la salvación de todo el mundo. De donde se sigue que aunque a la celebración de la misa convenga en gran manera por su misma naturaleza que un gran número de fieles tome parte activa en ella, no por eso se ha de desaprobado, sino antes bien aprobar, la misa celebrada privadamente, según las prescripciones y tradiciones de la Iglesia, por un sacerdote con sólo el ministro que le ayuda y le responde; porque de esta misa se deriva gran abundancia de gracias especiales para provecho ya del mismo sacerdote, ya del pueblo fiel y de toda la Iglesia, y aun de todo el mundo: gracias que no se obtienen en igual abundancia con la sola comunión.

«Con insistencia recomendamos a los sacerdotes celebren cada día la Misa digna y devotamente»

Por tanto, paternalmente y con insistencia recomendamos a los sacerdotes —que de un modo particular constituyen nuestro gozo y nuestra corona en el Señor— que, agradecidos por la potestad que recibieron del obispo que los consagró para ofrecer a Dios el sacrificio y celebrar misas tanto por los vivos como por los difuntos en nombre del Señor (cfr. Pontif. Rom.), celebren cada día la misa digna y devotamente, a fin de que ellos mismos y los demás cristianos puedan gozar en abundancia de la aplicación de los frutos que brotan del sacrificio de la cruz. Así también ayudarán sumamente a la salvación del género humano.

«El misterio eucarístico se realiza en el sacrificio de la Misa»

Lo poco que hemos dicho acerca del sacrificio de la misa nos anima a exponer algo también sobre el sacramento de la Eucaristía, ya que ambos, sacrificio y sacramento, pertenecen al mismo misterio y no se puede separar el uno del otro. El Señor se inmola de manera incruenta en el sacrificio de la misa, que representa el sacrificio de la cruz, y nos aplica su virtud salvadora, cuando por las palabras de la consagración comienza a estar sacramentalmente presente, como alimento espiritual de los fieles, bajo las especies de pan y vino.

«Dios presente en la Iglesia»

Bien sabemos todos que no es única la manera como Cristo está presente en su Iglesia. Resulta útil recordar algo más por extensión esta bellísima verdad que la Constitución *De Sacra Liturgia* expuso brevemente (cfr. c. 1, n. 7; A. A. S. LVI, 1964, pp. 100-101). Presente está Cristo en su Iglesia orante, siendo Él quien «ora por nosotros, ora en nosotros y a Él oramos: ruega por nosotros como sacerdote nuestro, ruega en nosotros como cabeza nuestra; a Él rogamos como Dios nuestro» (San Agustín, *In Ps. 85*, 1; P. L. 37, 1081). Y Él mismo prometió: donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (cfr. Mt., 18, 20).

Presente está Él en su Iglesia, que ejerce las obras de misericordia, no sólo porque cuando hacemos algún bien a uno de sus hermanos pequeños se lo hacemos al mismo Cristo (cfr. Mt., 25, 4) sino también porque es Cristo mismo quien realiza estas obras por medio de la Iglesia y socorre así continuamente a todos los hombres con su divina caridad. Presente está en su Iglesia peregrina y que anhela llegar al puerto de la vida eterna, ya que Él habita en nuestros corazones por la fe (cfr. Ef., 3, 17) y difunde en ellos la caridad por obra del Espíritu Santo que nos da (cfr. Rom., 5, 5).

De otra forma, muy verdadera, sin embargo, está presente en su Iglesia que predica, ya que el Evangelio que se anuncia es la Palabra de Dios, y solamente en el nombre, con la autoridad y con la asistencia de Cristo Verbo de Dios encarnado se anuncia, a fin de que haya «una sola grey segura en virtud de un solo pastor» (San Agustín, *Contr. Lit. Petilianii*, III, 10, 11; P. L. 43, 353). Presente está en su Iglesia que rige y gobierna al pueblo de Dios, puesto que la sagrada potestad deriva de Cristo, y Cristo, «Pastor de los pastores» (San Agustín, *In Ps.*, 86, 3; P. L. 37, 1102), asiste a los pastores que la ejercitan, según la promesa hecha a los apóstoles.

Además, en modo aún más sublime, está presente Cristo en su Iglesia que ofrece en su nombre el sacrificio de la misa y administra los sacramentos. A propósito de la presencia de Cristo en el ofrecimiento del sacrificio de la misa, nos place recordar lo que San Crisóstomo, lleno de admiración, dijo con verdad y elocuencia: «Quiero añadir una cosa verdaderamente maravillosa, pero no os extrañéis ni turbéis. ¿Qué es? La oblación es la misma, cualquiera que sea el oferente, Pablo o Pedro; la misma que Cristo confió a sus discípulos, y que ahora realizan los sacerdotes: ésta no es en realidad menor que aquélla, porque no son los hombres quienes la hacen santa, sino Aquel que la santificó. Así como las palabras que Dios pronunció son las mismas que el sacerdote ahora dice, así la oblación es la misma» (*In Epist. 2 ad Timoth. homil. 2*, 4; P. G. 62, 612). Nadie ignora, por otra parte, que los sacramentos son

acciones de Cristo, el cual los administra por medio de los hombres. Y por virtud de Cristo al tocar los cuerpos infunden la gracia en el alma. Estas varias maneras de presencia llenan el espíritu de estu- por y ofrecen a la contemplación el misterio de la Iglesia. Pero es muy otro el modo, verdaderamente sublime, con el cual Cristo está presente a su Iglesia en el sacramento de la Eucaristía, que por eso es, entre los demás sacramentos, «el más suave por la devoción, el más bello por la inteligencia, el más santo por el contenido» (Egidio Romano, *Theoremata de Corpore Christi*, theor. 50 Venitiis 1521, p. 127); ya que contiene al mismo Cristo y es «como la perfección de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos» (Santo To- más, *Summ. Theol.*, III, q. 73, a. 3 c).

«Se hace presente Cristo, Dios y Hombre, entero e íntegro»

Tal presencia se llama «real», no por exclusión, como si las otras no fueran «reales», sino por antonomasia, ya que es substan- cial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hom- bre, entero e íntegro (cfr. Concil. Trid., Decret. de SS. Euch., c. 3). Falsamente explicaría esta manera de presencia quien se imaginara una naturaleza, como dicen «pneumática» del cuerpo glorioso de Cristo presente en todas partes, o la redujera a los límites de un simbolismo, como si este augustísimo sacramento no consistiera más que en un signo eficaz «de la presencia espiritual de Cristo y de su íntima unión con los fieles miembros del cuerpo místico» (cfr. Pío XII, *Litt. Encycl. Humani generis*; A. A. S., XLII, 1950, p. 578).

«El simbolismo eucarístico se refiere a la unidad del Cuerpo Místico»

Es verdad que acerca del simbolismo eucarístico, sobre todo con referencia a la unidad de la Iglesia, han tratado mucho los Padres y Doctores escolásticos. El Concilio de Trento, resumiendo su doctrina, enseña que nuestro Salvador dejó en su Iglesia la Eucaristía «como un símbolo... de su unidad y caridad, con la que quiso que estuvieran íntimamente unidos entre sí todos los cristianos», «y por lo tanto, símbolo de aquel único Cuerpo del cual Él es la Cabeza» (Decr. De SS. Eucharistia, proem. et c. 2).

Ya al comienzo de la literatura cristiana, a propósito de este asunto escribió el autor desconocido de la obra llamada «Didaché o Doctrina de los doce Apóstoles»: «Por lo que toca a la Eucaristía, dad gracias así... como este pan partido, estaba antes disperso sobre los montes y recogido se hizo uno, así se reúne tu Iglesia desde los confines de la tierra en tu reino» (Didaché, 9, 1; Funk, *Patres Apostolici*, 1, 20).

Igualmente San Cipriano, defendiendo la unidad de la Iglesia contra el cisma, dice: «finalmente, los mismos sacrificios del Señor manifiestan la unanimidad de los cristianos, entrelazada con sólida e indisoluble caridad. Porque cuando el Señor llama suyo al pan amasado con la unión de muchos granos, Él está indicando nuestro pueblo unido, a quien Él sostenía; y cuando llama Sangre suya al vino exprimido de muchos granos y racimos, y que unidos forman una cosa, indica igualmente nuestra grey, compuesta de una multitud reunida entre sí» (Epist. ad Magnum, 6; P. L. 3, 1189).

Por lo demás, se había adelantado a todos el apóstol cuando escribía a los Corintios: «Porque el pan es uno solo, constituimos un solo cuerpo todos los que participamos de ese solo pan» (I Cor., 10, 17).

«La Eucaristía es la Carne de Nuestro Señor Jesucristo»

Pero el simbolismo eucarístico, si nos hace comprender bien el efecto propio de este sacramento, que es la unidad del Cuerpo Místico, no explica, sin embargo, ni expresa la naturaleza del sacra- mento por la cual éste se distingue de los demás. Porque la perpetua instrucción impartida por la Iglesia a los catecúmenos, el sentido del pueblo cristiano, la doctrina definida por el Concilio de Trento, y las mismas palabras de Cristo al instituir la santísima Eucaristía, nos obligan a profesar que «La Eucaristía es la carne de nuestro

Salvador Jesucristo, que padeció por nuestros pecados, y a la que el Padre, por su bondad, ha resucitado» (San Ignacio, Epist. ad Smyrn., 7, 1; P. G. 5, 714). A estas palabras de San Ignacio de Antioquía nos agrada añadir las de Teodoro de Mopsuesta, fiel testigo en esta materia de la fe de la Iglesia, cuando decía al pueblo: «Porque el Señor no dijo: Esto es un símbolo de mi cuerpo, y esto un símbolo de mi sangre, sino: Esto es mi cuerpo y mi sangre. Nos enseña a no considerar la naturaleza de la cosa propuesta a los sentidos, ya que con la acción de gracias y las palabras pronunciadas sobre ella se ha cambiado en su carne y sangre» In Math. Comm., c. 26; P. G. 66, 714).

Apoyado en esta fe de la Iglesia, el Concilio de Trento «abierta y simplemente afirma que en el benéfico sacramento de la santa Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene bajo la apariencia de estas dos cosas sensibles, verdadera, real y substancialmente Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre». Por tanto, nuestro Salvador está presente según su humanidad, no sólo a la derecha del Padre, según su humanidad, sino sólo a la derecha del Padre, según el modo natural de existir, sino al mismo tiempo también en el sacramento de la Eucaristía «con un modo de existir que aunque apenas podemos expresar con las palabras podemos, sin embargo, alcanzar con la razón ilustrada por la fe y debemos creer firmísimamente que es posible para Dios» (Decret. de SS. Eucharistia, c. 1).

«...conversión admirable y singular a la que la Iglesia católica justamente y con propiedad llama TRANSUBSTANCIACION»

Mas para que nadie entienda erróneamente este modo de pre- sencia, que supera las leyes de la naturaleza y constituye en su gé- nero el mayor de los milagros (cfr. *Litt. Encycl. Mirae Caritatis*; Acta Leonis XIII, vol. XXII, 1902-1903, p. 123), es necesario escu- char dócilmente la voz de la Iglesia docente y orante. Ahora bien, esa voz, que constituye un eco perenne de la voz de Cristo, nos ase- gura que Cristo no se hace presente en este sacramento sino por la conversión de toda la substancia del pan en su cuerpo y de toda la substancia del vino en su sangre; conversión admirable y singular a la que la Iglesia católica justamente y con propiedad llama trans- substanciación (cfr. Concil. Trid., Decr. de SS. Eucharistia, c. 4 et can. 2).

Realizada la transubstanciación, las especies de pan y de vino adquieren sin duda un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que ya no son el pan ordinario y la ordinaria bebida, sino el signo de una cosa sagrada, signo de un alimento espiritual; pero en tanto adquieren un nuevo significado y un nuevo fin, en cuanto contienen una «realidad» que con razón denominamos ontológica. Porque bajo dichas especies ya no existe lo que había antes, sino una cosa completamente diversa; y esto no únicamente por el juicio de fe de la Iglesia, sino por la realidad objetiva, puesto que, convertida la substancia o naturaleza del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, no queda ya nada del pan y del vino, sino las solas espe- cies: bajo ellas Cristo todo entero está presente en su «realidad» física, aun corporalmente, aunque no del mismo modo como los cuer- pos están en un lugar.

Por ello los Padres tuvieron gran cuidado de advertir a los fieles que al considerar este augustísimo sacramento confiaran no en los sentidos que se fijan en las propiedades del pan y del vino, sino en las palabras de Cristo, que tienen tal fuerza que cambian, trans- forman, «transelementan» el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre; porque, como más de una vez lo afirman los mismos Padres, la virtud que realiza esto es la misma virtud de Dios omnipotente que al principio del tiempo creó el universo de la nada.

«Instruido en estas cosas —dice San Cirilo de Jerusalén para concluir su sermón sobre los misterios de la fe— e imbuido de una certísima fe, para la cual aquello que parece pan no es pan, no obstante la sensación del gusto, sino es el Cuerpo de Cristo; y aque- llo que parece vino no es vino, aunque así le parezca al gusto, sino la Sangre de Cristo, confirma tu corazón y come ese pan como algo espiritual y alegra la faz de tu alma» (Catecheses, 22, 9 [myst. 4]; P. G. 33, 1103).

«No es el hombre quien convierte las cosas ofrecidas en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sino el mismo Cristo»

Insiste igualmente San Juan Crisóstomo: «No es el hombre quien convierte las cosas ofrecidas en el cuerpo y la sangre de Cristo, sino el mismo Cristo que por nosotros fue crucificado. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia aquellas palabras, pero su virtud y la gracia son de Dios. Este es mi cuerpo, dice. Y esta palabra transforma las cosas ofrecidas» (De prodit. Iudae, homil. 1, 6; P. G. 58, 744).

Y con el obispo de Constantinopla Juan, está perfectamente de acuerdo el obispo de Alejandría Cirilo, quien, en su comentario sobre el Evangelio de San Mateo, escribe: «[Cristo] en forma indicativa dice: Esto es mi cuerpo y esto es mi sangre, para que no creas que son simples figuras las cosas que se ven, sino que las cosas ofrecidas son transformadas, de manera misteriosa pero realmente por Dios omnipotente, en el cuerpo y en la sangre de Cristo; y al participar de ellos recibimos la virtud vivificante y santificadora de Cristo» (In Matth., 26, 27; P. G. 72, 451).

Y Ambrosio, obispo de Milán comentando con claridad la conversión eucarística, dice: «Convenzámonos de que esto no es lo que la naturaleza formó, sino lo que la bendición consagró y que la fuerza de la bendición es mayor que la de la naturaleza, porque con la bendición aun la naturaleza se cambia. Y queriendo confirmar la verdad del misterio, propone muchos ejemplos de milagros narrados en la Escritura, entre los cuales el nacimiento de Jesús de la Virgen María, y luego, volviéndose a la creación concluye: «Por lo tanto, la palabra de Cristo, que ha podido hacer de la nada lo que no existía, ¿no puede acaso cambiar las cosas que ya existen, en lo que no eran? Pues no es menos dar a las cosas su propia naturaleza, que cambiársela» (De Myster., 9, 50-52; P. L. 16, 422-424).

Pero no es necesario aducir muchos testimonios. Es más útil recordar la firmeza de la fe con que la Iglesia, con unánime concordia, resistió a Berengario, el cual, cediendo a las dificultades sugeridas por la razón humana, se atrevió el primero a negar la conversión eucarística. La Iglesia lo amenazó repetidas veces con la condena si no se retractaba. Y por eso San Gregorio VII, nuestro predecesor, le impuso el prestar un juramento en estos términos: «Creo de corazón y abiertamente confieso que el pan y el vino que se colocan en el altar, por el misterio de la oración sagrada, y por las palabras de nuestro Redentor, se convierten substancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y que después de la consagración está el verdadero cuerpo de Cristo, que nació de la Virgen, y que ofrecido por la salvación del mundo estuvo pendiente de la cruz, y está sentado a la derecha del Padre; y que está la verdadera sangre de Cristo, que brotó de su costado, y ello no sólo por signo y virtud del sacramento, sino en propiedad de naturaleza y en substancia» (Mansi, Coll. amplias. Concil., XX, 524 D).

Están de acuerdo con estas palabras, y dan con ello un admirable ejemplo de la firmeza de la fe católica, cuanto los Concilios Ecueménicos Lateranense, Constanciense, Florentino y, finalmente, el Tridentino han enseñado de un modo constante sobre el misterio de la conversión eucarística, ya sea exponiendo la doctrina de la Iglesia, ya sea condenando los errores.

«...los párrocos que tienen el oficio de enseñar, no descuiden hablar de la transubstanciación...»

Después del Concilio de Trento nuestro predecesor Pío VI advirtió seriamente contra los errores del Sínodo de Pistoia, que los párrocos, que tienen el oficio de enseñar, no descuiden el hablar de la transubstanciación, que es uno de los artículos de la fe Const. Auctores Fidei, 28 ag. 1794). También nuestro predecesor Pío XII, de feliz memoria, recordó los límites que no deben pasar todos los que discuten agudamente del misterio de la transubstanciación (Aloc. 22 septiembre 1956); A. A. S., XLVIII, 1956, p. 720). Nos mismo, en el reciente Congreso Nacional Italiano Eucarístico de Pisa, conforme a nuestro deber apostólico, hemos dado pública y solemnemente testimonio de la fe la Iglesia (A. A. S., LVII, 1965, 588-592).

«Exhortación al culto a la Eucaristía

Por lo demás, la Iglesia católica no sólo ha enseñado siempre, sino que también ha vivido la fe en la presencia del Cuerpo y Sangre de Cristo en la Eucaristía, puesto que ha adorado en todos los tiempos tan gran sacramento con culto latréutico que se debe solamente a Dios. De este culto escribe San Agustín: «En esta carne [el Señor] ha caminado aquí y esta misma carne nos ha dado de comer para la salvación; y ninguno come esta carne sin haberla antes adorado..., de modo que no pecamos adorándola, antes al contrario, pecamos si no la adoramos» (In Ps. 98, 9; P. L. 37, 1204).

La Iglesia católica profesa este culto latréutico que se debe al sacramento eucarístico no sólo durante la misa, sino también fuera de su celebración, conservando con la mayor diligencia las hostias consagradas, presentándolas a la solemne veneración de los fieles cristianos, llevándolas en procesión con alegría de la multitud del pueblo.

De esta veneración tenemos muchos testimonios en los más antiguos documentos de la Iglesia. Pues los pastores de la Iglesia exhortaban solícitamente a los fieles a conservar con suma diligencia la Eucaristía que llevan a casa. «En verdad, el Cuerpo de Cristo debe ser comido y no despreciado de los fieles», como amonesta gravemente San Hipólito (Trad. Apost. ed. Botte, La tradition Apostolique de St. Hippolyte, Munster, 1963, p. 84).

Consta que los fieles creían, y con razón, que pecaban, como recuerda Orígenes, si, habiendo recibido el Cuerpo del Señor y conservándolo con todo cuidado y veneración, algún fragmento caía por negligencia (In Exod. fragm.; Migne P. G. 12, 391).

Que los mismos pastores reprobasen fuertemente cualquier defecto de debida reverencia, lo atestigua Novaciano, digno de fe en esto, que juzga digno de reprobación el que «saliendo de la celebración dominical y llevando aún consigo, como se suele, la Eucaristía..., lleva el Cuerpo Santo del Señor de acá para allá», corriendo a los espectáculos y no a su casa (De Spectaculis; C. S. S. L. III, p. 8).

«...ni se altera Cristo, ni se muda su sagrado Cuerpo»

Todavía más: San Cirilo de Alejandría rechaza como locura la opinión de aquellos que sostenían que la Eucaristía no sirve nada para la santificación si queda algún residuo de ella el día siguiente: «Pues ni se altera Cristo», dice, «ni se muda su sagrado Cuerpo, sino persevera siempre en él la fuerza, la potencia y la gracia vivificante» (Epist. ad Calosyrium; P. G. 76, 1075).

Ni se debe olvidar que antiguamente los fieles, ya sea que se encontrasen bajo la violencia de la persecución, ya sea que por amor de la vida monástica viviesen en la soledad, solían alimentarse diariamente de la Eucaristía, tomando la sagrada comunión con las propias manos, cuando estaba ausente el sacerdote o el diácono ccf. Basil, Epist., 93; P. G. 32, 483-486).

No decimos esto, sin embargo, para que se cambie el modo de custodiar la Eucaristía o de recibir la santa comunión, establecido después por las leyes eclesiásticas y todavía hoy vigente, sino sólo para congratularnos de la única fe de la Iglesia, que es siempre la misma.

De esta única fe ha nacido también la fiesta del Corpus Christi, que, especialmente por obra de la sierva de Dios Santa Juliana de Mont Cornillon, fue celebrada por primera vez en la diócesis de Lieja, y que nuestro predecesor Urbano IV extendió a toda la Iglesia, y han nacido también otras muchas instituciones de piedad eucarística que, bajo la inspiración de la gracia divina, se han multiplicado cada vez más, y con las cuales la Iglesia católica, casi a porfía, se esfuerza en rendir homenaje a Cristo, o en implorar su misericordia.

«Os rogamos que custodiéis pura e íntegra esta fe en el pueblo...»

Os rogamos, pues, venerables hermanos, que custodiéis pura e íntegra en el pueblo confiado a vuestro cuidado y vigilancia esta fe que nada desea más ardientemente que guardar una perfecta fidelidad a la palabra de Cristo y de los apóstoles, rechazando plenamente todas las opiniones falsas y perniciosas, y promováis, sin eco-

nomizar palabras ni fatigas, el culto eucarístico, al cual deben conducir y converger finalmente todas las otras formas de piedad.

Los fieles, bajo vuestro impulso, conozcan y experimenten más y más esto: «El que quiere vivir tiene dónde y de dónde vivir. Que se acerque, que crea, que se incorpore para ser vivificado. Que no renuncie a la cohesión de los miembros, que no sea un miembro podrido digno de ser cortado, ni un miembro deforme de modo que se tenga que avergonzar: que sea un miembro hermoso, apto, sano; que se adhiera al cuerpo, que viva de Dios para Dios; que trabaje ahora sobre la tierra para poder después reinar en el cielo» (San Agustín, *In Ioann. tract.*, 26, 13; P. L. 35, 1613).

«Diariamente los fieles participen activamente en el sacrificio de la misa y se alimenten de la sagrada Comunión... no omitan hacer la visita al Santísimo...»

Diariamente, como es de desear, los fieles en gran número participan activamente en el sacrificio de la misa, se alimentan con corazón puro y sano de la sagrada comunión, y den gracias a Cristo Nuestro Señor por tan gran don. Recuerden estas palabras: «El deseo de Jesús y de la Iglesia de que todos los fieles se acerquen diariamente al sagrado banquete, consiste sobre todo en esto: que los fieles, unidos a Dios por virtud del sacramento, saquen de él fuerza para dominar la sensualidad, para purificarse de las leves culpas cotidianas y para evitar los pecados graves a los que está sujeta la humana fragilidad» (Decr. S. Congr. Concil., 20 dic. 1905; A. A. S., XXXVIII, 1905-6, p. 401). Además, durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al santísimo sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignísimo con el máximo honor en las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor, allí presente.

«Nada más eficaz para recorrer el camino de la santidad»

Todos saben que la divina Eucaristía confiere al pueblo cristiano una incomparable dignidad. Ya que no sólo mientras se ofrece el sacrificio y se realiza el sacramento, sino también después, mientras la Eucaristía es conservada en las iglesias y oratorios, Cristo es verdaderamente el Emmanuel, es decir, «Dios con nosotros». Pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad (cfr. Jn., 1, 14); ordena las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles, incita a su imitación a todos los que se acercan a Él, a fin de

que con su ejemplo aprendan a ser mansos y humildes de corazón, y a buscar no las cosas propias, sino las de Dios. Cualquiera, pues, que se dirige al augusto sacramento eucarístico con particular devoción y se esfuerza en amar a su vez con prontitud y generosidad a Cristo que nos ama infinitamente, experimenta y comprende a fondo, no sin grande gozo y aprovechamiento del espíritu, cuán preciosa sea la vida escondida con Cristo en Dios (cfr. Col., 3, 3) y cuánto valga entablar conversaciones con Cristo: no hay cosa más suave que ésta, nada más eficaz para recorrer el camino de la santidad.

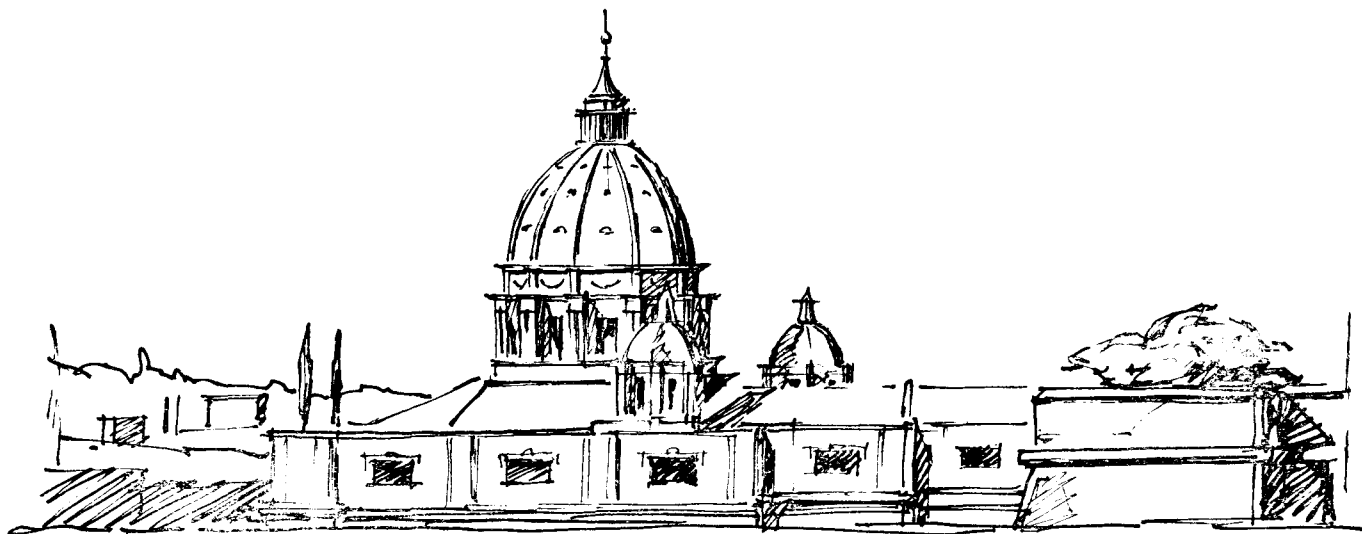
«El centro espiritual de la comunidad religiosa y parroquial»

Os es bien conocido, además, venerables hermanos, que la Eucaristía es conservada en los templos y oratorios como el centro espiritual de la comunidad religiosa y parroquial, más aún, de la Iglesia universal y de toda la humanidad, puesto que bajo el velo de las sagradas especies contiene a Cristo, Cabeza visible de la Iglesia, Redentor del mundo, centro de todos los corazones, «por quien son todas las cosas y nosotros por Él» (1 Cor., 8, 6).

De aquí se sigue que el culto de la divina Eucaristía mueve fuertemente el ánimo a cultivar el amor «social» (cfr. San Agustín, *De gen. ad litt.*, XI, 15, 20; P. L. 34, 437), con el cual antepone el bien privado al bien común; hacemos nuestra la causa de la comunidad, de la parroquia, de la Iglesia universal, y extendemos la caridad a todo el mundo, porque sabemos que en todas partes existen miembros de Cristo.

«La Eucaristía signo y causa de la unidad del Cuerpo Místico»

Venerables hermanos, puesto que el sacramento de la Eucaristía es signo y causa de la unidad del Cuerpo Místico y en aquellos que con mayor fervor lo veneran excita un activo espíritu «eclesial», no ceséis de persuadir a vuestros fieles que, acercándose al misterio eucarístico, aprendan a hacer propia la causa de la Iglesia, a orar a Dios sin intermisión, a ofrecerse a sí mismos al Señor como agradable sacrificio por la paz y la unidad de la Iglesia, a fin de que todos los hijos de la Iglesia sean una sola cosa y tengan el mismo sentimiento, ni haya entre ellos cismas, sino que sean perfectos en una misma manera de sentir y de pensar, como manda el apóstol (cfr. 1 Cor., 1, 10); y que todos aquellos que no están todavía unidos con perfecta comunión con la Iglesia católica en cuanto que están separados de ella, pero se glorian y honran del nombre cristiano, lleguen cuanto antes con el auxilio de la gracia divina a gozar juntamente con nosotros de la unidad de fe y de comunión que Cristo quiso que fuera el distintivo de sus discípulos.



Huella de la Judeo-Masonería en los modernos patriotismos

XI

*Una necesaria revisión: la del patriotismo.
Sus grandes peligros.*

En nuestro anterior artículo hemos visto la enorme personalidad e iniciativa de Israel dentro de las Sectas, I como dicha actuación, al tiempo que le daba una influencia extraordinaria, también le acarrea una nueva ola de persecuciones, no siempre injustificadas, especialmente de parte de todo cuanto podemos clasificar, un poco simplísticamente como mundo conservador, de orden, de «derechas» en una palabra.

No queremos pasar adelante, sin embargo, sin aprovechar esta ocasión para detenernos a considerar un aspecto importantísimo, trascendental, y que nos atrevemos a decir, inédito. Perdonémosen esta gran pedantería. Pero es que, nada menos, vamos a osar tocar un tabú: vamos a hacer algo así como una revisión del patriotismo. No ignoramos que esto chocará a muchos, y que quizá no sólo seamos incomprendidos, sino incluso severamente juzgados. Reconocemos que no hemos visto nunca, en Revistas del tipo de la nuestra, a nadie que ose discutir concepto como es el de patriotismo, virtud considerada —y lo sería justamente si no se exagerase siempre pecaminosa e inevitablemente— totalmente indiscutible y fundamental.

Pero así como los abusos del Liberalismo fueron tales que llegaron a exigir el revisar el concepto de Libertad, con ser ésta tan santa, también los abusos y resultados del Patriotismo han sido tan espantosos que exigen el discutir lo que es la Patria, por santa que ésta sea. Vamos a intentarlo, arriesgándonos a incurrir en el anatema de todas las derechas, e incluso, también, de las izquierdas, que, contra lo que se cree, son siempre tanto o más patriotas que aquéllas.

La Patria convertida en ídolo

Comenzamos por señalar un punto en el que nadie se fija. Antaño era —y muy justamente— fundamental el sagrado trilema: Dios, Patria y Rey.

Pues bien: es cosa en que nadie repara que, sacrílega y blasfemamente se ha atacado a Dios y al Rey. Mas nadie ha osado hacerlo nunca a la Patria. Cualquier ataque que a ella se dirija, halla defensores doquier, hace levantar a todos, sin respetos humanos.

Si se nos dice que alguien ha blasfemado de Dios o atacado a su Iglesia, acude enseguida a nuestra mente el pedir perdón por el «descarriado». Hoy se consideraría cruel, desplazado y fuera de lugar todo castigo temporal, moral o físico, contra un pecador, aun y tratándose de casos de descarro y contumacia.

Huelga decir que, si se comete cualquier atentado contra el Rey —hoy actualmente esto puede ocurrir ya en muy escasos países, por falta de monarcas—, la opinión pública automáticamente exige un generoso indulto.

Mas, si se trata de la Patria: ¡todo lo contrario! ¡Ah! ella es lo único auténticamente sagrado, por lo que se ve. A nadie se le ocurrirá ni siquiera pasará por nuestro margen, el pedir clemencia por el traidor que ha vendido los secretos militares de su País: hasta el hombre más dulce y comprensivo reclamará para él el fusilamiento o la silla eléctrica.

Este contraste es indiscutible. Y ello no puede menos que sublevarnos, y extrañarnos que nadie haya denunciado nunca esta aberración: aberración, claro es, para el cristiano que tiene fe. Nunca aceptaremos que la Patria sea, siquiera de hecho, más respetada e indiscutida que Dios. Casi, osaríamos decir, nos escandaliza que nadie ose pecar contra ella, cuando, desgraciadamente, tanto se peca contra Dios. Porque: ¿quién como Dios?

Y es que hemos llegado, y desde hace no pocos lustros, y casi siglos, a esta aberración: sólo ha habido un valor que nunca se ha discutido: la Patria. Privilegio que no han tenido Dios ni el Rey. ¿Y qué es la Patria, valor pasajero y efímero, ante Dios, Único Valor absoluto, Creador, Causa y Fuente de todos los demás?

¿Es que es más la Patria que Dios?

Vamos a Suiza. El primer elogio —verdadero tópico— que de ella se nos repite, es éste: Aquí, os dicen, «coexisten las razas germánica y latina; gentes de 4 hablas. De todas las Religiones. Mas, por encima de todo, todos se sienten y son suizos. ¡Esto es sagrado!»

¿Es que es más Suiza que Dios y que su Iglesia?

Vamos a Francia. Resuena aún la mayor blasfemia que hayamos oído, repetida, además, por gente buena, que no sabían lo que decían. El elogio fúnebre de Clemenceau: Este grande francés, dicen «Lo había discutido todo, hasta a Dios. Pero a la Patria, ¡nunca!».

¿Es que es más Francia que Dios?

Vamos a Alemania. Todos, y con razón, se lamentan de su actual división antinatural y antihumana. De acuerdo. Pero nadie se consuela un tanto, siquiera, considerando que ello aleja las viejas tendencias anticristianas tipo Kulturkampf, etc., ya que ha dado la coincidencia de que, casi todas las regiones comunizadas de Alemania, han sido las protestantes, y en la Alemania federal existe, en cierto modo, casi una mayoría católica, lo que ha dado a nuestra Religión en este país unos años de paz y de extensión. Mas, por desgracia, no existe alemán ninguno que no esté dispuesto a admitir cualquier sacri-

ficio por la unidad de su Patria —lo que es absolutamente noble y legítimo—, si bien nos sospechamos que también lo haría en el caso de saber que la nueva Alemania había de resultar anticatólica. Por desgracia, el ideal de una gran Alemania es más fuerte que el de una Alemania católica.

¿Es que es más Alemania que Dios?

Y así podemos decir de todos los países. De los ingleses todo el mundo repite esta sandez: se les admira por cuanto, en todas las ocasiones, y por encima de todo y por todo, siempre *son ingleses* y se sienten y obran como tales. Y la Patria les ha llevado, en mil ocasiones, a políticas que han sido, hablando claramente, de rapacidad, de codicia y de opresión. Y su aislamiento orgulloso y egoísta ha sido fuente de mil desdichas para el mundo entero y para muchas razas.

¿Es que es más Inglaterra que Dios?

¡Patria, Patria! ¡Cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!

El Moloch moderno

No en vano la palabra «patriotismo» (y aun «patriota») no es más que un galicismo (desconocido de nuestros grandes clásicos cristianos de nuestro Siglo de Oro), que la Revolución inventó y aplicó por vez primera a los asesinos de frailes e incendiarios de conventos.

Precisamente, por esta borrachera de patriotismos (esto de la Europa de las patrias no es de ahora: es viejo de hace doscientos años), se han originado las dos grandes Guerras, las dos grandes hecatombes mundiales. Ha sido el amor desordenado a la Patria el que ha hecho inventar, tras los cantos marciales, los uniformes, y una psicosis de honor y de deber completamente vacía —aún cuando seguida, de buena fe, por los mejores y más respetables espíritus—, la iperita, las bombas de fósforo, la atómica en fin. Los más nobles y respetados Mariscales no han retrocedido ante crueldades (no es menester llegar a los llamados crímenes de guerra) llevados por la errónea concepción del honor derivada de la «idolatría» de la Patria, y de ello no están limpias del todo ni siquiera las justamente venerables figuras de los Pétain ni de los Hindenburg, si bien se ahonda.

Ni Revoluciones, ni epidemias, ni ninguna otra calamidad humana, ha levantado la pirámide de treinta millones de muertos que debemos a la entronización de la idolatría de la Patria, culminada, sobre todo, en la «Belle Epoque», o sea en el fin del siglo XIX y primeros del actual.

«Por la Patria todo, con razón y sin razón». Y así hemos visto aberraciones como la de la guerra estúpida, en 1915, entre los dos pueblos más cristianos del Mundo, Austria e Italia, disputándose el rincón más cristiano y más adorable: el dulce Tirol. Las dos diosas: Italia en el sarampión de su unidad, y el Imperio Austriaco con todas sus maravillosas tradiciones y uniformes, exigían que los cañones destrozasen aldeas de ensueño y que el pueblo cristiano pasase atroces penalidades. Mas el honor nacional así lo exigía. Y la pobre Europa se destrozó estúpidamente a sí misma. Las palabras del Papa Benedicto XV fueron, incluso, tomadas a mofa, y más de un hombre de derecha se indignó contra lo que entendía

por debilidad y falta de aquel arriba citado honor nacional.

A esto condujo el colocar la Patria encima del bien y del mal.

A torpedear el «Lusitania» con sus pasajeros civiles, por cuanto la diosa Alemania lo justificaba, en castigo a la pérfida Albión. Más hacia nuestros días, a justificar la bomba atómica. En perfecta teoría patriótica, es justo que se sacrifiquen doscientos mil japoneses antes que la guerra dure más y pierdan su vida diez mil «marines» americanos. Porque América es lo primero. Como fue justificado que la Gran Bretaña victoriana atropellase a los boers y que tantas veces, a lo largo de su historia, haya «copenhagueado» a sus enemigos. Y que la Santa Rusia arrollase a polacos y ucranianos. Y tantos y cada uno de los casos que han constituido la triste Historia contemporánea. Que así, repetimos, hemos visto a Europa destrozarse, bestialmente, a sí misma, por esto de que los ingleses han de sentirse siempre ingleses, y los alemanes alemanes. Y siempre en nombre de un honor y de un deber. Mas un honor y un deber —y esto es muy importante repetirlo— cuya fuente no es Dios, Fuente segura de todo bien, sino la Patria, en definitiva, frágil construcción humana perfectamente corruptible.

La Judeo Masonería en este juego

¡Y cuán bien entendemos ha jugado la conspiración masónica con la increíble candidez patriótica de los pueblos!

Porque es falso, absolutamente falso, esto —leyenda— de que la Masonería no sea patriótica, contra lo que se cree.

¿No había de «jalearse» los sentimientos patrióticos, sabiendo se trataba del espíritu y factor más definitivos para lograr que los pueblos cristianos se embistiesen unos contra otros y llegar al «finis Europae» que hemos obtenido entre todos?

A Inglaterra la hizo grande la Masonería. Los mayores estadistas, los más grandes patriotas ingleses han sido los masones, representados siempre, incluso en las ceremonias oficiales, en la Casa Real. No se nos venga ocultando este hecho, patente, sobre todo, en el gran Disraeli.

De Francia hemos citado, poco más arriba, a Clemenceau. Todos los políticos impíos y destacados de este país, famosos por su «chauvinismo» provienen de la Masonería, y su fervor francés ha ido paralelo a su odio a los vecinos. *Es falso* que Dreyfus fuese un mal patriota, *contra lo que se cree*.

En Alemania, su unidad, y toda la inicial exageración de los racismos, tiene honda estructura masónica.

Siempre la Masonería ha hecho grandes a los países que podían ser agresores, y cuya política podía influir en la descristianización del viejo solar europeo.

Flujo y reflujo en contra de Israel

Mas, siendo la Historia del mundo algo que ha sido —y la Teología de la misma, que tanto hemos estudiado, nos lo confirma— tan bien simbolizado por el oleaje en desorden, no es de extrañar que, en medio de todas estas pasiones provocadas, un reflujo, quizá inesperado, pero

no inverosímil (las paradojas nunca lo son, si bien se observa), se encrespó contra Israel. La reacción, digamos de «derechas» de que hicimos mención en nuestro anterior artículo, sobre todo registrada en la Alemania bismarckiana. La que se observó en Francia (sobre todo «exponencializada» por la aparición del famoso libro de Eduard Drumont «La France Juive») en la «explosión» del «affaire» Dreyfus con la famosa actuación de Zola en su «J'accuse!». Todo ello hubiera llevado a nuevas situaciones, de no haber sobrevenido la Guerra Grande de 1914, que será objeto de nuestro próximo artículo.

Esta reacción contra la Judeomasonería y, asimismo, contra el pueblo judío una vez más, tuvo su mayor manifestación cuantitativa en Rusia, en donde, como consecuencia del asesinato de Alejandro II (13-3-81), comenzó una nueva era de persecución. Se inició el Kherson, extendiéndose a todo el Sur sobre todo en Kiew y Odesa. Y de allí a Polonia, siempre contra la población (en general pobre) hebrea.

Estas persecuciones duraron casi todo el fin de Siglo, bajo Alejandro III. De allí viene el nombre de «pogrom» dado a dichas matanzas, bajo la tolerancia culpable de los Gobiernos. Todas las manifestaciones y mítines que se efectuaron en Occidente, no bastaron para detenerlas. En 1882, las «Leyes de Mayo» relegaban a los judíos de hecho al peor ostracismo. Pocas veces, a lo largo de su historia, hubo de sufrir tanto el pueblo israelita como entonces. No tenemos tiempo en extendernos más. En 1891 se iniciaron, además, deportaciones en masa. Otros países, algo satélites ya de Rusia entonces (como Rumania) imitaron la misma política.

Ya entrado este siglo, pese al desastre de la guerra ruso-japonesa que había llevado a Rusia hacia caminos de tipo más liberal, aparecen sociedades secretas antijudías, del tipo que hoy llamaríamos Ku-Klux-Klan, llamadas «Genuinos Rusos» y «Los Cien Oscuros» que renovaron masacres oficialmente registrados, históricamente, en 284 localidades en el plazo de pocos años.

Situación del mundo israelita en vísperas de la primera guerra mundial.

Como ya hemos indicado, estas tremendas persecuciones determinaron un nuevo éxodo, por parte de aquellos judíos pobres que lo podían y lo conseguían, del Oriente europeo y de Rusia, hacia el Occidente continental, Gran Bretaña y, sobre todo, América, donde sus correligionarios les recibían y ayudaban a establecerse. Debido a la inmigración judía, la población hebrea londinense había pasado, a primeros de este siglo, de 40.000 a 150.000 almas, estableciéndose, en la capital británica, incluso teatros y círculos cuyo idioma era el Yddish (judío-alemán). Típico de este florecimiento fue el famoso novelista Israel Zangwill que mucho popularizó y logró simpatías para su pueblo.

En América la población judía, allí establecida, había ido creciendo: ya es conocida su intervención en la Guerra de la Independencia, en la que mucho influyeron. Desde entonces la afluencia fue creciendo, especialmente con fugitivos de Rusia, predominando siempre el tipo de judío-alemán. Entre 1881 y el año 1900 se calculan en 600.000 los allí llegados. La población hebrea en Nueva York, en la primera cuarta parte de nuestro siglo había llegado a 1.750.000. Entonces masas de judíos inmigrados, una vez desembarcados, iban a establecerse por toda la Unión, y, de un modo especial, hacia el lejano Oeste, especie de Eldorado de su época. Naturalmente, toda esta afluencia vino a aportar modificaciones en el modo de ser de los judíos establecidos, desde hacía siglos, en Nueva York, y que por tanto se habían ido americanizando. No dejó de representar un verdadero contraste, y aun luchas en su mentalidad e ideologías, entre los nuevos llegados y los que les habían acogido, lo que sin duda alguna influyó en la idiosincrasia de unos y otros.

Llegamos, con ello, a la I Gran Guerra mundial.

Ella había de aportar, a la historia de Israel, una aurora. Unos nuevos rumbos, tan inesperados como trascendentales y definitivos. A ellos consagraremos nuestro próximo artículo.

LUIS CREUS VIDAL

(Continuará.)

Lea y propague FOLLETOS «CRISTIANDAD»

La Iglesia y el Alzamiento Nacional, por el P. Francisco Segura, S. I. (6.ª edic.) 5'— Ptas.
San José en el Canon y en el Concilio (4.ª edic.) 5'— Ptas.
La Unidad Católica de España, por la Redacción de CRISTIANDAD (2.ª edic.) 5'— Ptas.
Seguridad Doctrinal, por el P. Jesús González-Quevedo, S. I. (3.ª edic.) 5'— Ptas.

Lo que debe Vd. saber sobre la Libertad Religiosa, por el P. Francisco Peiró, S. I. 5'— Ptas.
Guardaos..., por el P. Joaquín Tapies, S. I. 5'— Ptas.
Los Testigos de Jehová, por el P. José Llohis, S. I. 5'— Ptas.
Triunfalismo y Liturgia, por el P. Roberto Cayuela, S. I. (próxima aparición) 5'— Ptas.

Pedidos a: PUBLICACIONES CRISTIANDAD - Lauria 15, - Barcelona (10)

El Corazón traspasado de Jesús, símbolo bíblico central en toda revelación neotestamentaria

Nota: El presente artículo está inspirado en dos exhaustivos trabajos de la Sociedad Teológica de los Sagrados Corazones (STC): el primero, del P. Edouard Glotin, «Le Mystère du Coeur de Jesus devant la Catechese contemporaine»; el segundo, «El objeto de la Devoción al Corazón de María», del P. Miguel Díez Navarro. (1)

El símbolo bíblico del Corazón Traspasado.

Una de las principales objeciones que en la actualidad se presentan en contra del Culto al Corazón de Jesús, es la de la Imagen.

Muchos censuran que se haya adoptado en la Iglesia una Imagen que no es sino fruto de revelaciones particulares, carentes del valor de la Revelación oficial de la Palabra de Dios. Otros creen improcedente insistir en ella, no entendiendo ni su significado ni su necesidad. Los más, tal vez, critican la inoportunidad de adoptar un signo que —afirman— ni es bíblico ni litúrgico, en un momento histórico en que la «vuelta a las fuentes» parece eliminar todo lo que carezca de tal carácter.

Parece, pues, interesante presentar el símbolo del Corazón Traspasado como en realidad es: como signo netamente *bíblico*, y no debido a invención humana. Como auténtica, *Palabra de Dios*, y no como manifestación recogida en revelaciones privadas.

Y es conveniente subrayar desde el comienzo que una cosa es el signo en sí mismo considerado, y otra muy distinta su representación plástica. Hablaremos del signo en cuanto tal, prescindiendo por el momento de la misma Imagen simbólica, o representación concreta del símbolo; dejando para el final una leve insinuación respecto del problema de la representación plástica.

Dios «ha dicho» el Corazón Traspasado de su Hijo en un hecho, la Transfixión (Jn. 19, 34), que no fue solamente transfixión del costado de Cristo, sino de su mismo Corazón: ya que el soldado, experto en esgrima, intentaba dar muerte al ajusticiado, caso de que todavía no hubiera éste expirado.

Ahora bien: este suceso no tiene sentido a los ojos de nuestra Fe, sino en el *orden simbólico*. Esto es, la sangre y el agua que brotan de la herida abierta son manifestamente *un signo*. Y signo de muerte y de vida, de agotamiento físico y de fecundidad inexhausta: en una palabra, son signo de resurrección ofrecido por un muerto, o por mejor decir, *por el cadáver de un resucitado*. La circunstancia anotada expresamente por el Evangelista, de haber brotado la sangre y el agua «al instante» (v. 34) —en el mismo momento, nada más producirse la herida, causadora en el ánimo del soldado, de la muerte del cru-

cificado—, es confirmación del sentido simbólico de muerte y vida. La sangre en la mentalidad semita, es símbolo de la muerte, así como el agua lo es de la vida.

Se trata, pues, claramente de un signo revelado por Dios en la Escritura, y en su doble valor de realidad empírica y de capacidad evocadora, con toda la riqueza de sugerencias que provoca en la mentalidad judía, sobre todo el tema del agua; no, precisamente, del agua quieta y estancada, sino de la corriente, de la que brota limpia y fresca del manantial.

Todo signo es siempre un vehículo: los ojos que lo contemplan no se detienen en él, sino que pasan de su realidad empírica a lo que ésta significa. El signo es una realidad que está ordenada a la evocación de otra.

El signo debe permanecer siempre signo, siendo su entidad significativa, tanto más potente cuanto más desapercibida pueda pasar su materialidad. No es que se le niegue realidad empírica, sino que se le exige que ella sea como «transparente».

Cuando un signo, por su propia realidad y no por nueva entidad que le advenga, es capaz de representar otras realidades, o de hacer surgir en la mente del que lo contempla las ideas de esas otras realidades, el signo se llama «símbolo». Tales signos son «símbolos naturales»; de lo contrario, serían símbolos «artificiales».

En nuestro caso, además del signo de la sangre y el agua, existe el de la fuente purísima de donde esa sangre y agua manan: el Corazón Traspasado. Y, entonces, hay que dar un paso más. Es preciso examinar en la Escritura el valor simbólico del mismo Corazón.

El Corazón Traspasado, símbolo bíblico expresivo por excelencia

«En la Biblia hebrea —comenta Díez Navarro— la palabra «corazón» es empleada en muchísimas ocasiones. Característica que no es privativa de los hebreos, sino general en todos los pueblos del medio oriente (sirios, babilonios, acadios, egipcios...). El semita quiere significar con esta palabra, no solamente el órgano que regula la circulación sanguínea, sino toda la vida afectiva del hombre, su misma realidad espiritual».

Nos hallamos, pues, ante una realidad eminentemente evocadora, según la mentalidad semita. Y evocadora de algo tan interesante como la realidad íntima de la persona. «Órgano de los sentimientos —prosigue el autor

(1) Confr. «Sesiones de Estudio» del I Congr. Internac. del C. de J., pp. 360 - 77. «Estudios Teológicos sobre los SS. Corazones», Vol. II, pp. 116 - 54.

citado, aduciendo la autoridad de Tassarolo—, sede del pensamiento, de la atención y de la memoria, el «corazón» se convierte así, en la ideología semita, en el símbolo de toda la riqueza interior del hombre, en sinónimo de persona, y se identifica con el sujeto que obra». Baste recordar las expresiones del Salmista: «...vuestro corazón vivirá eternamente» (S. 21, 27); «A Ti, Señor, habla mi corazón» (S. 23, 3 y 17); y las de la Esposa en los Cantares: «Yo duermo, pero mi corazón vigila» (Cant. 5, 2); y del Esposo: «Heriste mi corazón» (Cant. 4,9).

Cuando San Juan, pues, se refiere al Corazón Traspasado, alude a un símbolo riquísimo. Y cuando, por ser el Corazón del Crucificado, carga sobre este símbolo toda la realidad personal e íntima del Redentor, está el Apóstol colocándonos ante el símbolo *más expresivo* de esa divina personalidad.

En efecto: varios son los signos bíblicos cuyo objeto significado es la Persona del Redentor.

Así por ejemplo: «*el cordero*» (Jn. 1, 29 y 36; Apoc. 5, 5-12; 6, 1 y 16), «*el león*» (Gen. 49, 9; Apoc. 5, 5), «*la vid*» (Jn. 15, 1 y 5), «*la luz*» (Jn. 1, 4 y 6, 8, 12), «*la cabeza*» (Ef. 1, 22; Col. 1, 18; 2, 19), etc.

Pero todos estos signos del Redentor, aunque contienen fuerza evocadora de algunas de sus maravillosas propiedades, sin embargo, ni expresan lo más *vital* de su Divina Persona —la sustancia de la Revelación transmitida en El por el Padre a los hombres—, ni son (a excepción de «la cabeza») otra cosa que *metáforas* aplicables extrínsecamente a Jesucristo, sin que puedan en modo alguno ser tenidas como partes integrantes de su ser Divino-Humano.

En cambio, «*el corazón*» —y siempre en la línea de la mentalidad semita— evoca toda una cadena de realidades íntimas y medulares relativas a Cristo, en cuyo término hallamos siempre lo más *sustancial* de su Persona: el AMOR. Además, el corazón es parte excelente, *si* ma de la Humanidad de Cristo, *centro vital* de importancia extraordinaria, y que experimentó —por la misteriosa realidad sico-somática de nuestra naturaleza— las emociones más íntimas y diversas, efecto del divino amor del Redentor.

Pero hay más todavía. El Corazón Traspasado, símbolo bíblico tan expresivo, es además símbolo *central* en toda la Revelación neotestamentarias, transmitida a nosotros a través de San Juan. Esta afirmación, desconcertante para nuestra mentalidad occidental, tal vez lo sea aún más para cuantos abrigan «prejuicios» en torno al Culto del Corazón de Jesucristo. Sin embargo, para nada se falsifica la Palabra de Dios revelada por San Juan, antes se es completamente fiel a ella, cuando se señala con la Tradición el símbolo del Corazón Traspasado como centro de toda la catequesis «ioanea». Vamos a verlo con claridad.

El Corazón Traspasado, símbolo bíblico central en la Revelación

Dos son los textos en que el Apóstol y Evangelista —de modo muy íntimamente relacionado entre sí y en cuestión trascendentalísima— insiste en la materia. En ambos, advierte San Juan la importancia teológica del signo «sangre y agua». He aquí los dos textos:

Primer texto: «Jesucristo es el que vino con *agua y sangre*: no vino con el agua solamente, sino con *el agua y con la sangre*. Y el Espíritu es el que *testifica* que Cristo es la verdad. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu y *el agua y la sangre*, y estos tres son una misma cosa. Si admitimos el testimonio

de los hombres, de mayor autoridad *es el testimonio de Dios*; ahora bien, Dios cuyo *testimonio* es el mayor, es el que ha dado *este testimonio de su Hijo*» (1 Jn. 5, 6-9).

Bajo el signo «agua y sangre», da Dios testimonio de la Filiación Divina de Jesucristo N. S.

Segundo texto: «Mas al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le abrió el costado, y al instante salió *sangre y agua*. Y quien lo vio es el que lo asegura, y su testimonio *es verdadero*. Y él sabe que dice la verdad para que *vosotros también creáis*. Pues estas cosas sucedieron *en cumplimiento de la Escritura*: No le quebrantaréis ni un hueso. Y del *otro lugar de la Escritura* que dice: Dirigirán sus ojos a aquel a quien traspasaron» (Jn. 19, 33-37).

El mismo San Juan da testimonio de la veracidad del símbolo.

Son, pues, dos textos íntimamente relacionados, por cuanto se refieren al mismo objeto, preludiando el primero al segundo que es como el *acorde final* de lo que el evangelista trata por ellos de enseñarnos: la verdad central en toda la Revelación del N. T.: *que Cristo, el*

Mesías, es Dios.

En efecto: el Bautista había afirmado que el Hijo de Dios vendría «por agua» (Jn. 1, 31); San Juan Evangelista completa el testimonio de su primer maestro diciendo que viene «con el agua y con la sangre» (1 Jn. 5, 6), para terminar afirmando solemnemente que el acto de Fe del cristiano depende de *ese* testimonio: «a fin de que *vosotros también creáis*» (Jn. 19, 35).

Se diría, pues, que el segundo texto en *la cumbre* de la Revelación en San Juan. Como si, al llegar al final de su Evangelio, el Apóstol nos quisiera ofrecer el resumen de toda su enseñanza catequética, el «signo de los signos», a cuya suprema manifestación iban preparando sus Cartas y los Capítulos precedentes de su Evangelio.

Pero este «signo de los signos», este *resumen* de su catequesis, no es otro que «el CORAZÓN TRASPASADO», del que brotó aquella sangre y agua de tanta trascendencia apologetica, símbolo fontal de toda la Revelación.

Y todavía es más central el símbolo del Corazón Traspasado en la enseñanza del Apóstol, si tenemos en cuenta la profecía que aduce el evangelista, como cierre sintético de toda la perícopa. Es la de Zacarías, 10, 12: «Aquel día... derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén en espíritu de gracia y de oración, y alzarán sus ojos a mí *a quien traspasaron*». Para San Juan, pues, Jesucristo-Redentor, Verbo Encarnado (Jn. 1, 14), luz que ha venido a este mundo (v. 9) a regenerar espiritualmente a los hombres (v. 13) por el don de la gracia y de la verdad (v. 17), y a dar a conocer al Padre (v. 18), no solamente es *el crucificado* —«el levantado en alto» (Jn. 3, 14)—, sino «*AQUEL A QUIEN TRASPASARON*» (Jn. 19, 37).

Esto quiere decir que, según San Juan, Cristo en el Calvario ha tomado *así* su «forma definitiva», síntesis de toda su Vida y acción. Y que, por consiguiente, en CRISTO CON SU CORAZÓN TRASPASADO ve el Apóstol *el símbolo central de toda la Revelación*.

La manifestación de las llagas (Jn. 20) —destacada entre ellas, con especial vigor, la del costado (vv. 20 y 27)— no será sino un eco de la Palabra Divina, recogida en San Juan.

Hay que añadir algo más. Y es que este símbolo central neotestamentario perdurará eternamente. Así nos lo

dice el mismo Apóstol, «cuando en cierto modo *trasladó aun a la gloria* el Misterio del Crucificado con su Corazón Traspasado: en su Apocalipsis nos muestra el río de la Vida de la Jerusalén celeste brotando del trono de Dios Padre y del trono del Cordero como degollado, al que los elegidos cantan el canto de acción de gracias (Apoc. c. 4 y 5), y el Cordero se hace pastor de los que han blanqueado sus vestidos con su sangre (Apoc. 7, 13-17) y los guía a la fuente de aguas vivas (íd.) para beber en ella gratuitamente, por toda la eternidad. Visión asombrosa en que convergen los temas analizados hasta aquí» (Dom Aubry, «El Misterio del Corazón Traspasado», Edit. «Sal Terrae», Santander, 1963).

El Culto al Corazón-símbolo

Tocamos ya al término de nuestro trabajo.

El Culto al Corazón de N. S. Jesucristo es —según las enseñanzas de la Santa Iglesia— «por su misma naturaleza el Culto al Amor con que Dios ha amado a los hombres por medio de Jesucristo». Es, por lo tanto, el Culto a lo que evoca y representa el símbolo del «Corazón Traspasado»: toda la personalidad interior de Cristo y, particularmente, su Amor Infinito, común a las Tres Divinas Personas.

Pero como este símbolo bíblico, central en la Revelación, no es una simple metáfora, sino órgano excelente y parte integrante de la Humanidad del Redentor, también al mismo Corazón Traspasado le corresponde —por extensión y como consecuencia— un Culto de *doble valor*: a) Culto *relativo*, en cuanto símbolo, simplemente evocador por sí mismo de todo lo que es, encierra y representa la Divina Persona de Cristo; b) Culto *absoluto*, como a la Humanidad misma del Salvador, en cuanto a una parte del Cuerpo del Señor y en cuanto a símbolo «simbolizante», esto es, evocador *como tal y actualmente* de toda la Persona de Cristo en su sustancial profundidad.

Y este es el momento de insinuar algo acerca del problema de la Imagen del «Corazón Traspasado»; esto es, de su representación plástica concreta. Conviene retener la distinción formulada, entre símbolo en sí considerado y representación plástica del mismo: porque la Imagen del Corazón de Jesús en sí misma es problema.

En efecto: supuesta la autenticidad del símbolo bíblico ya estudiada, se podría preguntar la relación que guarda con tal signo —Palabra de Dios— la Imagen tan difundida del Corazón de Jesús: un Corazón de carne, herido con una lanza y rematado por la Cruz, alrededor del cual —y o bien oprimiéndolo, o por el contrario, no envolviendo el mismo Corazón— la corona de espinas hace de aureola circundante. Puede, pues, preguntarse: ¿Es *así*, en realidad, como hay que representar plásticamente el símbolo bíblico del «Corazón Traspasado»? ¿Son esenciales a tal representación plástica las insignias de la Pasión?

El problema es de interés y, ciertamente, delicado.

No trato de dar la solución definitiva, sino tan sólo de sugerir tímidamente algún punto de vista que facilite la solución acertada del problema.

Y en primer lugar, y manteniendo la total coincidencia e identidad —cosa que hay que mantener en absoluto— del objeto propio de las revelaciones de Paray con lo significado por el símbolo bíblico; dada además la naturaleza especial de dichas revelaciones destinadas, según Pío XII, a «llamar nuestra atención sobre los misterios del amor misericordiosísimo para con el género humano, y que así lo contempláramos y le diéramos culto». ¿No cabría considerar la Imagen parediana como *una*

representación plástica *concreta, una manera* —diríamos— de representar el signo bíblico? En este caso, podrían darse *otras maneras distintas* de representarlo; y la Imagen de Paray sería *una de ellas*, y no, ciertamente, *la única*.

Segunda sugerencia: cabría también investigar la razón íntima que impulsara a la Santa confidente del Corazón de Jesús a mandar pintar tal Imagen. ¿Fue *así* como apareció ante su alma, sumida en éxtasis divino, el símbolo bíblico del «Corazón Traspasado»? ¿O podría más bien admitirse que en la representación mandada realizar por la Santa se introdujo algún influjo positivo y extrínseco a la misma manifestación privada de que esta santa Hermana de la Visitación fue objeto por parte del Señor?

El fenómeno es corriente y psicológicamente probado. Hay un «primer tiempo», en que el alma favorecida por una auténtica visión sobrenatural, percibe infaliblemente los destellos del objeto que Dios le manifiesta. Y hay un «segundo tiempo» —desaparecida ya la gracia «gratis data»— en que el alma, reducida a sus limitadas posibilidades de recuerdo, tendrá que recurrir fácilmente a elementos, ya por ella en otras circunstancias y por diversos otros medios adquiridos, cuando desee expresar lo que sobrenaturalmente recibió de Dios. En tal caso, Santa Margarita mandaría pintar una Imagen del símbolo «cordial», tal y como ella *creyó recordar* que la había contemplado; pero en realidad influida por algún otro elemento sin duda íntimamente conocido por ella.

Y he aquí lo que sugiero: parece hay indicios suficientes para pensar que en la Imagen parediana influyó algo tan asiduamente manejado por la Santa —lo mismo que por cualquier otra Religiosa de la Visitación— como *el emblema* propio de la Orden fundada por San Francisco de Sales.

En efecto: consta por una Carta del Santo Fundador a su íntima colaboradora, Santa Juana Fr. de Chantal, que «la Visitación —en su sentir— es casa bastante noble y grande como para tener sus armas, su blasón, su divisa...» Y que tal escudo de armas no habría de ser otro que «UN CORAZON ATRAVESADO POR DOS FLECHAS, ENCERRADO EN UNA CORONA DE ESPINAS Y LLEVANDO ENCIMA, COMO PLANTADA, UNA CRUZ». Y termina el Santo su confidencia: «Verdaderamente, nuestra pequeña Congregación es obra del Corazón de Jesús y de María: el Salvador nos dio a luz por medio de su Corazón sagrado, abierto por nuestro amor». (Carta de junio de 1611, recogida por Mons. Bougaud, primer biógrafo de la Santa Fundadora, p. 417, tomo I).

¿No vemos en las líneas que preceden, casi exactamente descrita, la Imagen del Corazón de Jesús propagada desde un principio por Santa Margarita? Podría, pues, tratarse de una normal afloración del subconsciente, enriquecido con elementos plásticos anteriormente conocidos, al querer expresar también con signos plásticos lo que sobrenaturalmente se captó en la parte superior del alma.

Queden, pues, las dos sugerencias indicadas como puntos de arranque de posibles soluciones al problema.

Pero quede también asentado que cualquier solución que se le intentare dar habría de salvar siempre la realidad del Culto al mismo Corazón físico del Señor, traspasado en la cruz, parte integrante de su Santísima Humanidad, propuesta por El en su revelación pública y recordada en sus comunicaciones privadas, como símbolo natural del Amor Trinitario, y no como simple metáfora extrínsecamente aplicable al Infinito Amor de Dios a los hombres.

DANIEL MARIA AGACINO, S. J.

Tres grandes encíclicas sobre la Biblia*

II

Benedicto XV; Encíclica «*Spiritus Paraclitus*» (15-IX-1920)

1.º Ocasión y motivo de la Encíclica:

La ocasión fue celebrar el XV centenario de la muerte de San Jerónimo. ¿De qué manera se podía conmemorar aquel centenario del «Doctor Máximo de la Iglesia en la exposición de las Sagradas Escrituras», que con una Encíclica sobre ellas y sobre los méritos del gran Solitario de Belén en todo lo concerniente a la Biblia?

El Sumo Pontífice aprovechó la ocasión, y tomó por motivo de su Encíclica estas dos cosas: a) reafirmar las enseñanzas de León XIII, explicando varios puntos de la «Providentissimus», no bien entendidos por algunos, y aun atacados por otros; y recogiendo para esto el fruto de los esfuerzos y controversias en los veintisiete años que habían transcurrido desde aquella inmortal Encíclica; y b) apoyarlo todo con la admirable doctrina de San Jerónimo. Era un modo nuevo y muy práctico de volver sobre las mismas cosas con nuevo aspecto.

Y como había sido hecho un visible progreso en las ciencias bíblicas, a la luz de la doctrina de León XIII, y por otra parte muchos habían abierto los ojos al vivir en el agitado y turbulento período del «modernismo», y hervían sin cesar las controversias sobre la Biblia, quiso Benedicto XV, con aquella clarividencia y aquel tino práctico que le caracterizó, al exponer a grandes rasgos la vida, toda consagrada a la Biblia, del gran San Jerónimo, y al celebrar sus insignes méritos en los estudios bíblicos, subrayar los principales puntos de las enseñanzas del Doctor Máximo, que tenían relación con las controversias actuales; y así aprovechó muy oportunamente aquel glorioso centenario para presentar en su conjunto la doctrina católica sobre los grandes problemas bíblicos, que siempre han sido, y entonces se controvertían tan vivamente, la divina inspiración de toda la Biblia, y la inerrancia asimismo de toda ella. Quedaba así consagrada la doctrina de León XIII con las enseñanzas y el ejemplo de San Jerónimo; y se avanzaba con paso firme en la solución verdadera de los problemas vitales en torno a la Biblia.

2.º Compendio de las enseñanzas de la Encíclica.

He aquí su luminoso comienzo: «El Espíritu Paráclito habiendo enriquecido al género humano con las Sagradas Letras, para instruirlo en los secretos de la Divinidad, suscitó en el transcurso de los siglos, no pocos santísimos y doctísimos expositores, los cuales no sólo no dejarían yacer sin fruto aquel celestial tesoro, sino que habían de procurar a los fieles cristianos, con sus estudios y sus trabajos, la abundantísima consolación de las Escrituras. El primer lugar, entre ellos, por consentimiento unánime, corresponde a San Jerónimo, a quien

la Iglesia católica reconoce y venera como al Doctor Máximo, concedido por Dios, en la interpretación de las Sagradas Escrituras» (8).

Tal es el grandioso pórtico por el que se nos da acceso el Papa a las tres partes de su Encíclica: a) Vida de San Jerónimo, consagrada a la Biblia; b) Doctrina del Santo Doctor sobre la Sagrada Escritura; c) Grandes ventajas del ejemplo de San Jerónimo, singularmente en la época actual, sobre la Biblia.

Sigamos en breve bosquejo el pensamiento y la doctrina del Papa.

a) Bosquejo de la admirable vida de San Jerónimo, «hombre extraordinariamente católico y muy versado en la ley sagrada» (9), «maestro de católicos» (10), «modelo de virtudes y maestro del mundo entero» (11), «habiendo ilustrado maravillosamente y defendido con tesón la doctrina católica acerca de los libros sagrados, nos suministra muchas e importantes enseñanzas que emplear para inducir a todos los hijos de la Iglesia al respeto de la Sagrada Escritura, unido a su piadosa lectura y meditación asidua» (12).

Nacimiento en Estridón, Dalmacia; su formación en la fe católica desde su cuna; bautismo en Roma, y estudios allí mismo; y su primer retiro en Oriente. Después de tres años en Constantinopla, donde tuvo por maestro a San Gregorio el Teólogo, vuelve a Roma, y recibe del Papa San Dámaso el encargo de revisar y corregir el texto latino del Nuevo Testamento. Muerto San Dámaso, vuelve a Belén, donde habiendo construido un Cenobio junto a la Cuna de Cristo, se consagró todo a Dios, a la oración, y al estudio y enseñanza de la Biblia. Va a Alejandría para oír a Didimo, y recorre toda la Palestina, acompañado de los más eruditos entre los hebreos. Se dedica a su ingente correspondencia epistolar, y publica multitud de libros y tratados. Es el oráculo de su tiempo.

b) Doctrina de San Jerónimo sobre la Sagrada Escritura: Versa principalmente sobre la naturaleza de la inspiración bíblica; sobre la autoridad suprema de la Escritura para dirimir cuestiones de fe; y sobre su inerrancia absoluta. En este punto la doctrina del santo coincide con la de León XIII, al cual, sin embargo, no siguen algunos modernos;

1) porque introducen la distinción entre *elemento primario*, o religioso, y *elemento secundario*, o profano, de la Biblia, para admitir error en el segundo; y hasta dicen apoyarse en algunas palabras de León XIII, el cual enseña todo lo contrario;

(8) Cfr. *ibid.*, pg. 403.

(9) Sulp. Sev., Dial. 1, 7; Encicl., *ibid.*, pg. 404.

(10) Cassian., de inc., 7, 26; - Encicl., *ibid.*, pg. 404.

(11) S. Prosp., Carm. de ingr., V, 57; - Encicl., *ibid.*

(12) Encicl., *ibid.*

* Véase la primera parte de este artículo en el n.º 414-15 de CRISTIANIDAD.

2) porque rechazan la *verdad absoluta* de las narraciones bíblicas, afirmando que sólo son verdaderas *con relación* a las opiniones del vulgo. Se refuta el argumento que estos últimos quieren sacar de unas palabras de León XIII, cuyo verdadero alcance explica Benedicto XV, así como del propio San Jerónimo, cuya mente en este punto aclara el Pontífice;

3) porque recurren con demasiada ligereza a las citas implícitas, a las narraciones sólo en apariencia históricas, o a géneros literarios difícilmente compatibles con la inerrancia;

4) porque, disminuyendo la fe humana en los Evangelistas, destruyen la divina.

La doctrina de San Jerónimo sobre la Escritura es la que enseñó el mismo Cristo.

c) Grandes ventajas del ejemplo de San Jerónimo, por lo que él mismo hizo; por lo que enseña; y por lo que recomienda: también por los frutos.

1) Es ejemplar su amor a la Escritura; amor que rezuma en todas sus cartas;

2) Nos enseña la manera de aprovecharnos de la

Biblia: invocando la necesaria ayuda del Espíritu Santo; abstrayéndose de las cosas terrenas para dedicarse a su estudio, que le había de conducir a la humildad de Cristo; estudiando a los mayores; sometiendo al criterio de la Iglesia; y refutando a sus adversarios.

3) Recomienda San Jerónimo: la lectura diaria de la Biblia por parte de los fieles, para reportar los grandes frutos que el santo enumera hermosamente; el estudio de la misma por parte de los sacerdotes; y cómo debe hacerse este estudio.

4) Frutos que el Santo Doctor sacó de su asidua lectura e investigación de la Biblia: el consuelo de las Escrituras; amor a la Iglesia; fortaleza para luchar contra los vicios; amor a Cristo, imitación de sus virtudes y de toda su vida, y devoción a los Santos Lugares.

Sigue la Conclusión y una ardiente invocación.

Quedará siempre esta admirable Encíclica como un modelo de sabiduría divina, de prudencia sobrenatural, de mesura y caridad cristiana. Su luz no dejará de resplandecer ante las mentes sinceras, que busquen la verdad (13).

Pío XII; Encíclica «*Divino Afflante Spiritu*»

(30-XI-1943)

Habremos de abreviar mucho, en evitación de que este artículo sea prólijo en demasía.

1.º Ocasión y motivo de la Encíclica. — La ocasión fue cumplirse en aquel año el cincuentenario de la «*Providentissimus*» de León XIII; y juzgó Pío XII que por la trascendental importancia de aquel magnífico Documento Pontificio, era muy conveniente, y un merecido homenaje a la memoria del inmortal Pontífice, celebrar aquella fecha cincuentaria con una Encíclica Papal. Y su motivo, el hecho patente y grave de que en ese medio siglo habíase mostrado tales progresos en las ciencias relacionadas con la Biblia, y habían surgido controversias tan vivas, que eran notorias las exigencias que entrañaban dichos progresos y controversias para la renovación de los estudios bíblicos.

2.º Síntesis somera de la Encíclica.

Tiene dos partes bien definidas, después de una introducción.

Introducción: Siendo los Libros Sagrados un gran regalo de Dios, y en los que se contiene tan principal fuente y norma de fe y costumbres, la Iglesia: 1) Los ha defendido, y los ha empleado para alimento espiritual de sus fieles; 2) y así, el Concilio Tridentino definió el Canon; el Vaticano I, el concepto de inspiración; y León XIII escribió, en su defensa, la «*Providentissimus*»; 3) por lo cual, la presente Encíclica desea celebrar los cincuenta años de aquel gran Documento, confirmando lo que enseñaron los anteriores Pontífices; y estableciendo lo que los tiempos presentes parecen exigir para ordenar rectamente dicho estudio, e incitar a él.

a) La primera parte es histórica; y está dedicada a recordar las enseñanzas y las actividades bíblicas de León XIII, de San Pío X y de Pío XI. Enumera las instituciones erigidas por dichos Papas en torno a la Biblia, a su estudio, a su defensa y a su divulgación entre los fieles; y pasa a relatar los excelentes resultados y los copiosos frutos de aquellas enseñanzas y de aquellas instituciones. No deja de consagrar el debido recuerdo a la doctrina y actividad bíblica de Benedicto XV.

b) La segunda parte es doctrinal y mucho más ex-

tenso; y después de enumerar lo que la ciencia ha hecho en medio siglo, tanto en las excavaciones y descubrimiento de monumentos literarios que nos ilustran sobre muchos puntos importantes de la Biblia, y en el hallazgo de papiros que esclarecen el ambiente cultural del Nuevo Testamento; como en los adelantos respecto del mejor estudio de la exégesis de los Santos Padres; pasa Pío XII a lo que el principal objeto y ámbito de sus enseñanzas; es a saber:

1) Cómo debe ser el estudio filológico de los textos originales, con el empleo de las lenguas antiguas, y una recta y ponderada crítica textual.

2) Normas para la investigación del sentido literal.

3) Normas asimismo para el recto uso del sentido espiritual.

4) Recomendación del estudio de los Santos Padres y grandes Comentaristas.

5) Obligaciones especiales del exégeta contemporáneo, ya que resta mucho por hacer, después de lo que hicieron nuestros Mayores; y es cosa clara que ni los Padres obtuvieron los auxilios que hoy nos depara la recta ciencia, ni experimentaron muchas de las dificultades que hoy sentimos.

6) Cómo tratar las cuestiones más difíciles: muchas dificultades de ayer han sido hoy resueltas; hay otras no resueltas todavía y acaso insolubles; hay que buscar soluciones positivas; y esto, con caridad por parte de los fieles, y recta libertad para los exégetas.

7) Empleo de la Biblia en la instrucción de los fieles; y aquí, lo que han de hacer los sacerdotes, los obispos y los profesores de centros eclesiásticos.

Exhortación final con ocasión de la guerra mundial de entonces: La solución y la paz están en Cristo; y a Cristo se le conoce con la lectura y estudio de la Sagrada Biblia (14).

Terminemos también nosotros; ya que es grave mal o peligro de nuestros tiempos el prescindir demasiado del Magisterio de la Iglesia, en especial el de los Sumos Pontífices; y no recurrir a él como es debido; reaccionemos vigorosamente contra esta corriente tan peligrosa y tan poco católica; y así sentiremos del todo con la Iglesia.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

(13) Edit. JUS. México.

(14) Edit. Razón y Fe. Madrid.

ESENCIA DEL DIALOGO DE LA SALVACION

Siempre esperamos e inquirimos, fija en el Cielo nuestra mirada agradecida, la Palabra de nuestro Padre Común, el dulce Cristo de la tierra, en especial cuando se nos anuncia extraordinaria. Llámese Pío XI, Pío XII, Juan XXIII o Paulo VI, para mencionar sólo los de nuestra generación. Que aquí tampoco puede haber el Cefas, el Apolo o el Pablo. Con muchísima menos razón que la que podía mover a los fieles de Corinto.

No hay que decir que queremos tratar de una parte de la encíclica *Ecclesiam suam*, respetuosa y detenidamente: la parte caracterizada con la palabra **DIALOGO**: «La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace coloquio. Intentaremos estudiar su esencia para proyectar su luz en el campo de la filosofía, de la teología, de la liturgia, de la moral y de la pastoral, de suerte que pueda definirse: La expresión auténtica de la filosofía, de la teología, de la liturgia, de la moral y de la pastoral de la verdadera Iglesia de Cristo. Más breve, si les place: La expresión auténtica de la verdadera Iglesia de Cristo a través de sus dogmas, moral y liturgia.

ASPECTO FILOSOFICO

Por poco que uno profundice en el estudio de la Historia de la Filosofía puede observar que el mundo en tanto es culto en cuanto corre hacia las fuentes de la verdad, bondad y belleza. Es la voz de la humanidad en pos del progreso, convertida en ley y hecho histórico. Desde la antigüedad, sobre todo si nos paramos en los campos helénicos, la filosofía ha sido siempre «saber» (escuela socrática) y «sabiduría u ordenación de la vida» (escuela pitagórica), o sea, investigando el conocer, el sentir, el obrar, ha sido óntica, ética y estética.

Serán más marcadas las líneas en unos autores que en otros, o la dirección de una escuela tenderá con preferencia a una que otra parte, pero al fin van a parar a una de estas tres fuentes.

Enseña también la Historia de la Filosofía ser la filosofía obra de colaboración. «Hay una originalidad de modos y de presentación, de ángulo de visión —diremos con el P. J. Iriarte, S. I.— de un "aliter" más que de un "aliud", pero el fondo de la cuestión es obra de la sociedad. Lo que sí cabe decir que mucho de la originalidad que como tal acepta la Historia se debe a que algunos pensadores han sabido llevar a la conciencia de su generación una idea, un método, una actitud, conocidos y sentidos antes por la colectividad, pero no debidamente subrayados ni en consecuencia concientizados». (1)

Llevados de esta misma impresión, procurábamos enderezar lo para nosotros torcido de Ortega y Gasset cuando define la actitud que hemos de adoptar ante el *tema de nuestro tiempo*. «Mientras Sócrates desconfiaba de lo espontáneo y lo miraba a través de las normas racionales, el hombre del presente desconfía de la razón y la juzga al través de la espontaneidad. No niega la razón, pero reprime y burla sus pretensiones de soberanía... La razón pura —concluye el señor Ortega— tiene que ceder su imperio a la razón vital»; ni racionalismo, ni vitalismo, sino *racio-vitalismo*.

«Ahora bien —concluíamos nosotros— Ortega y Gasset nos hace el favor de traernos de sus excursiones filosóficas las síntesis de sistemas filosóficos que intentan dar solución, al margen y contra la verdad revelada, a los problemas de la Filosofía, que en último término lo son de la Humanidad. Y así a través de él, y bastantes veces sin dejar de incluirle, podemos vislumbrar la inconsistencia de todos ellos, a pesar de algunos puntos estimables. Y como sea inequívoco el influjo de tales ideas en la vida de nuestras generaciones, que hemos de conquistar para Cristo, se sigue que en el orden intelectual quizá ganaríamos mayor terreno si presentáramos —ni siquiera puede evolucionar objetivamente la verdad revelada— al Cristianismo, al Catolicismo, como solución a la antinomia *razón-vida*, dándole el nombre, que no podía darle Ortega y Gasset, de **VERBIVITALISMO**, cuya etimología se descubre al instante; basta recordar el nombre que San Juan da a nuestro Señor Jesús cuando le llama **VERBO DE LA VIDA**» (2). Tal podría, a nuestro ver, orientarse o presentarse la Escolástica en nuestro tiempo, mucho más si tenemos en cuenta que soplan hoy estas brisas en el navegar de la Iglesia. Bien ponderado, el Verbo de la Vida preside y entrelaza toda la doctrina católica.

ASPECTO TEOLOGICO

La Historia Bíblica, que es la Historia de la Salvación, recibe en cada una de sus páginas, desde la primera hasta la última el aliento del Verbo de la vida. «El Verbo de la Vida es el Alfa y el Omega, el primero y el último, el principio y el fin, el que es, el que era, y que viene, el Omnipotente» (Apoc., 1, 8; 21, 6; 22, 13).

Tanto es así que en un «Esbozo cristiano de la Historia» leíamos lo siguiente:

«La característica esencial del Cristianismo frente a las demás grandes religiones consiste en su carácter *histórico*. El Cristianismo no sólo es una religión histórica, sino que el objeto central de la fe cristiana es un *hecho histórico* realizado en una coordenada del tiempo y del espacio y comprobada por testigos históricos. Como escribe el autor de la Carta a los Hebreos: "Dios que en los tiempos pasados muy fragmentaria y variadamente había hablado a los padres mediante los profetas, al fin de estos días nos habló a nosotros en la persona de su Hijo" (Heb., 1, 1). Esta revelación significa una irrupción de Dios en la Historia y constituye por ello una novedad absoluta. Las otras religiones atestiguan el movimiento del hombre hacia Dios. El Cristianismo, en cambio, nos muestra el movimiento de Dios hacia el hombre, al que viene a buscar en Jesucristo definitivamente, para elevarlo hasta Sí. En el núcleo central de la fe cristiana encontramos, pues, una intervención de Dios en la Historia iniciada con la creación y elección del pueblo escogido y sellada en la Encarnación de Jesucristo. Esta acción de Dios va encaminada a la salvación del hombre. Por eso la Historia cristiana es una Historia de la Salvación... En ella es Dios, y no el hombre, quien tiene la iniciativa..., la acción divina irrumpe en la Historia humana con una serie de hechos singulares e irrepetibles. En esta categoría del *acontecimiento definitivo* radica una de las caracte-

terísticas fundamentales de la Historia cristiana... Los acontecimientos que forman la Historia de nuestra salud, no se presentan aislados entre sí, sino que se ordenan uno al otro conforme al plan divino de salvación. De ahí el carácter *progresivo y pedagógico* de la Historia santa. Por último, la Historia de salvación se dirige a un fin trascendente, que es el coronamiento de los designios divinos. De ahí su carácter eminentemente *escatológico*.

»Estos tres aspectos de la Historia sagrada constituyen una aportación original del Cristianismo, cuya novedad se hará más patente todavía en contraste con otras tres visiones de la Historia: la griega, la judía y la moderna.

»En resumen: el Cristianismo ve a la Historia como una progresión sucesiva de acontecimientos singulares e irreversibles, ordenados al fin trascendente de la salvación eterna. Al comienzo y al fin están dos eventos cósmicos: la creación y el juicio. En el centro está el acontecimiento decisivo: la venida de Cristo, quien con su muerte y resurrección se ha constituido en el verdadero eje de la Historia, al que se ordena todo el pasado y del que depende todo el porvenir. *La línea de la Historia de salvación coincide así con la línea de Cristo*. En efecto, Cristo está misteriosamente presente a lo largo de toda la Historia de salvación» (3).

Para decirlo con una palabra: la línea de la Historia de salvación es *verbivitalista*. A nuestro entender este vocablo es más expresivo, sobre todo si contemplamos en tal Historia su *doble movimiento*: el que va de la humanidad a Cristo y retorno de éste a la humanidad. Y conste que esta «grandiosa visión» del protestante Oscar Cullman la habíamos aprendido mucho antes ya en una famosa conferencia del insigne orador carlista Juan Vázquez de Mella (4).

El sentido kerigmático que hoy se pretende dar a los estudios teológicos podríamos reducirlo también a esta palabra: VERBIVITALISTA. Que la teología haga carne viva el mensaje de salvación; que la razón teológica se haga vida, que oriente o vivifique nuestra circunstancia histórica; ya que el Evangelio más que un depósito a conservar, es como *sementera de vida*. Mucho más si tenemos en cuenta que «hoy se da quizá más importancia a la vida; y es en la vida donde la Iglesia descubre su naturaleza más profunda. Es en los vivientes —no en la materia inanimada— que descubrimos como lo viejo cede su sitio a lo nuevo sin que por ello un ser nuevo sustituya al viejo» (5).

Como prueba tienen a la escuela de Rahner, si bien respecto a ésta observaríamos lo mismo que arriba al hablar de originalidad en las ideas filosóficas.

ASPECTO MORAL

Tributaria de estas mismas tendencias es la obra LA LEY DE DIOS, ensayo de renovación de la teología moral, del padre redentorista Bernhard Häring. Véase qué nos dice en la introducción del tomo segundo:

«La moral cristiana presenta como requisito primero y fundamental la viviente incorporación en Cristo, el latir misterioso de la vida divina en las tres virtudes teologales y, en fin, la virtud de religión por la que tributamos a Dios nuestras adoraciones e imprimimos a toda nuestra vida el carácter de la santidad cultural. En esto consiste propiamente la vida religiosa o ética sagrada, impuesta por la primera parte del mayor de los mandamientos: Amar a Dios sobre todas las cosas, y consignada en la primera tabla del Decálogo sinaítico. Simultánea con la vida religiosa y en ella originada corre la vida moral, señalada en la segunda parte del mandamiento principal y en la segunda tabla del Decálogo; comprende el amor

al prójimo y los deberes estrictamente morales en todos los campos de actividad terrena.

»Así la *vida religiosa y de unión y comunión con Dios y la vida moral*, orientada a lo terreno, no son dos zonas simplemente yuxtapuestas; aunque se distingan conceptualmente, forman la unidad más estrecha. El fiel que vive una vida auténticamente cristiana, ofrece el espectáculo de la más perfecta unidad: su vida no es vida partida, pues está lejos de separar o simplemente de yuxtaponer la vida moral a la religiosa, lo que no daría sino una visión rebajada, o por lo menos demasiado superficial y sin hondura moral ni religiosa». (6)

Podemos completarlo con lo que leemos en uno de sus artículos sobre el mismo tema:

«Por su Encarnación, su Muerte y su Resurrección, Jesús nos ha manifestado la realza salvadora del Padre. El mismo se sienta como Señor a la diestra de Dios. Imitar a Jesucristo viviendo el misterio de la Iglesia es, pues, vivir el misterio del Reino. Si este tema alienta nuestra moral, nuestra actitud frente a este mundo al cual el Reino está llegando cambia radicalmente. La cuestión obsesionante: *Cómo salvar mi alma* se serena ante la afirmación tranquilizadora y exigente a la vez: *El Reino de Dios está a las puertas*. La mejor razón para un apostolado en el propio medio será la dicha de deber y de poder trabajar para que el Reino se afirme y se extienda... La teología moral encara así la dimensión social de los diferentes problemas... El tema del combate escatológico entre las fuerzas del Reino de Dios y las fuerzas de la perdición devuelve a la esperanza cristiana y al trabajo de evangelización del mundo una dimensión comunitaria... Bajo el influjo de la renovación litúrgica la teología moral de hoy ha vuelto sobre el hecho de que los Padres de la Iglesia presentaban casi siempre la enseñanza de la moral cristiana en conexión con la de los sacramentos. Esta relación a los sacramentos se mantiene entre los escolásticos hasta San Buenaventura. Pero en los tres últimos siglos, los sacramentos se tratan como un conjunto de deberes particulares y de prescripciones especiales... Apenas se menciona que los sacramentos nos dan la vida nueva y nos exigen vivir en adelante según el espíritu de Cristo y de acuerdo con la gracia que nos dan... Tras un período de malestar y crítica, en parte apasionada y negativa, frente a las *Institutiones Moralis Theologiae*, hoy nos dedicamos casi en todas partes a una labor constructiva...» (7)

Como se ve, la tendencia que se propugna en esta renovación de los tratados de moral encaja plenamente con el adjetivo *verbivitalista*. Y precisamente por eso diría que es un poco desorbitado el juicio que hace sobre la época posterior a Trento. Porque, dejando aparte la metodología, la floración de santos y fundadores de institutos religiosos —recordemos las Obras del mismo fundador de los Padres Redentoristas, San Alfonso María de Liguori, Patrón de los Confesores— nos hablan también de una actitud verbivitalista, aunque a veces la formulación de sus expresiones suene a los de hoy como negativa. Otro botón de muestra podrían ser innumerables páginas de San Juan de la Cruz, cuya expresión podrá parecer a muchos ojos superficiales de nuestros días marcada con tinte negativo, y sin duda llevan en sus entrañas más verbivitalismo que no muchas que hoy leemos, con tanto hablar de vida y de actitudes constructivas. Mas no queremos hacer digresiones, y así pasamos a otro aspecto. (8)

ASPECTO LITURGICO

Nos costaría poco llenar de citas este apartado. Pero como ahora contamos con un documento de excepcional autoridad, a él acudiremos. Ya han adivinado ustedes

que nos referimos a la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* del Concilio Vaticano II. A este fin invitáramos al lector a considerar el capítulo primero cuando nos habla de la naturaleza de la Sagrada Liturgia y su importancia en la vida de la Iglesia:

«Dios que "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim., 2, 4), "habiendo hablado antiguamente en muchas ocasiones de diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas" (Heb., 1, 1), "cuando llegó la plenitud de los tiempos envió a su Hijo, el Verbo hecho carne, unguido por el Espíritu Santo para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón", como médico corporal y espiritual Mediador entre Dios y los hombres. En efecto, su humanidad, unida a la Persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto, en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino.

»Esta obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada para las maravillas que Dios obró en los pueblos de la antigua alianza, Cristo la realizó principalmente por el misterio Pascual de su Bienaventurada Pasión, Resurrección de los muertos y gloriosa Ascensión. Por este misterio, "con su Muerte destruyó nuestra muerte y con su Resurrección restauró nuestra vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera"... Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica... En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia.

»En la liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los Santos, esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste El, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos también gloriosos con El. .»

A este girar la liturgia en torno a Cristo, de un tiempo a esta parte, suele llamársele expresivamente con la palabra CRISTOCENTRICO. ¿No les parece que tal vez sería mucho más expresivo llamarlo VERBIVITALISTA? Entendemos que con ello expresamos de una forma más elocuente la esencia del Cristianismo, del mensaje de salvación. Puede que nos lo confirme la meditación del aspecto pastoral, que podríamos involucrar en la palabra DIALOGO.

ASPECTO PASTORAL: DIALOGO DE SALVACION

Aquí también tenemos una voz autorizada. Ninguna mejor que ella: la de nuestro augusto Pontífice, Paulo VI, en la *ECCLESIAM SUAM*.

«Si verdaderamente la Iglesia, como decíamos, tiene conciencia de lo que el Señor quiere que sea, surge de ella una singular plenitud y una necesidad de efusión, con la clara advertencia de una misión que la trasciende y de un anuncio que debe difundir. Es el deber de la evangelización. Es el mandato misionero. Es el ministerio apostólico. No es suficiente una actitud fielmente conservadora. Ciertamente tendremos que guardar el tesoro de verdad y de gracia legado a nosotros en herencia por la tradición cristiana; más aún: tendremos que defenderlo.

"Guarda el depósito", amonesta San Pablo (Tim., 6, 20). Pero ni la guarda, ni la defensa encierra todo el quehacer de la Iglesia respecto a los dones que posee. El deber congénito al patrimonio recibido de Cristo es la difusión, es el ofrecimiento, es el anuncio, bien lo sabemos: "Id, pues, y enseñad a todas las gentes" (Mt., 28, 19), es el supremo mandato de Cristo a sus Apóstoles. Estos con el nombre mismo de Apóstoles definen su propia indeclinable misión. Nosotros daremos a este impulso interior de caridad que tiende a hacerse don exterior de caridad al nombre, hoy ya común, de diálogo. La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio... El diálogo debe caracterizar nuestro oficio apostólico, herederos como somos de un estilo, de una directiva pastoral que nos ha sido transmitida por nuestros predecesores del siglo pasado comenzando desde el sabio León XIII, que casi personifica la figura del escriba prudente que, "como un padre de familia saca de su tesoro cosas antiguas y nuevas" (Mt., 13, 52) emprendía majestuosamente el ejercicio del magisterio católico haciendo objeto de su riquísima enseñanza los problemas de nuestro tiempo considerado a la luz de la palabra de Cristo...

»He aquí el origen trascendente del diálogo. Este origen está en la intención misma de Dios. La religión por su misma naturaleza, es una relación entre Dios y el hombre. La oración expresa con diálogo esta relación. La revelación, es decir, la relación sobrenatural instaurada con la humanidad por iniciativa de Dios mismo, puede ser representada en un diálogo en el cual el Verbo de Dios se expresa en la Encarnación y, por tanto, en el Evangelio. El coloquio paterno y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, ha sido maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres (Bar., 3, 38) donde Dios da a entender algo de Sí mismo, el misterio de su vida, unicísima en esencia, trinitaria en las Personas, donde dice, en definitiva cómo quiere ser conocido: Amor es El; y como quiere ser honrado y servido: amor es nuestro mandamiento supremo. El diálogo se hace pleno y confiado; el niño es invitado a él y el místico en él se sacía.

»Hace falta que tengamos siempre presente esta inefable y dialogal relación, ofrecida e instaurada con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo, para comprender qué relación debamos nosotros, esto es, la Iglesia, establecer y promover con la humanidad...

»Diálogo que no podrá ser evidentemente uniforme, sino adaptado a la índole del interlocutor y a las circunstancias reales... En el diálogo se descubre cuán diversos son los caminos que conducen a la fe y cómo es posible hacerlos converger al mismo fin. Aun siendo divergentes, pueden llegar a ser complementarios empujando nuestro razonamiento fuera de los senderos comunes y obligándolo a profundizar sus investigaciones y a renovar sus expresiones...

»Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso con nuestra fe. El apostolado no puede transigir con una especie de compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción que deben definir nuestra profesión cristiana. El irenismo y el sincretismo son en el fondo formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la palabra de Dios que queremos predicar. Sólo el que es fiel totalmente

a la doctrina de Cristo puede ser eficazmente apóstol. Y sólo el que vive con plenitud la vocación cristiana puede estar inmunizado del contagio de los errores con los que se pone en contacto.»

Ya antes en el apartado sobre la *renovación* leemos:

«No es la conformidad al espíritu del mundo, ni la inmunidad a la disciplina de una razonable ascética, ni la indiferencia hacia las libres costumbres de nuestro tiempo, ni la emancipación de la autoridad de prudentes y legítimos superiores, ni la apatía respecto a las formas contradictorias del pensamiento moderno las que pueden dar vigor a la Iglesia, puedan hacerla idónea para recibir el influjo de los dones del Espíritu Santo, pueden darle la autenticidad en su seguimiento a Cristo nuestro Señor, pueden conferirle el ansia de la caridad hacia los hermanos y la capacidad de comunicar su mensaje de salvación, sino su actitud de vivir según la gracia divina, su fidelidad al Evangelio del Señor, su cohesión jerárquica y comunitaria. No es flojo y cobarde el cristiano, sino fuerte y fiel.»

Por favor, no me salgan los que tienen todo el día en los labios: «seamos constructivos», «positivos, positivos, positivos»... con la retahíla de que estas frases que em-

piezan con el «no» y con el «ni» suenan a labor negativa, y, de consiguiente, que el ministerio de la palabra —que es el primer apostolado en este dialogar—, enfocado en este sentido, sea labor destructiva o de matiz negativo, pues entonces lo sería buena parte del Evangelio, y de la labor de los Apóstoles y de sus sucesores hasta el Concilio Vaticano II. Que la Iglesia es luz, cierto. Pero añadamos inmediatamente que no deja de ser sal, y la sal, para evitar la corrupción, ha de salar; sólo así será sal, aunque sea amarga.

EN CONCLUSION

El diálogo de salvación, pues, estriba en su Cristocentrismo; su esencia consistirá en ser *eco fiel del VERBO DE LA VIDA*, en ser verbivitalista. Sólo entonces será expresión auténtica de la filosofía, de la teología, de la moral, de la liturgia, de la pastoral de la verdadera Iglesia de Cristo, tal como El la vio, la quiso y la amó como su esposa santa e inmaculada (Ef., 5, 27).

De lo contrario, más que diálogo de salvación sería verbalismo sobre la salvación, por no decir verborrea; verbalismo adornado de frases más o menos corteses o de personas bien educadas.

(1) Revista PENSAMIENTO, vol. 17, núm. 68, pág. 504 - 12 - Madrid, 1961.

(2) CRISTIANDAD, año XVIII, núm. 361, pág. 60 - 63 - Barcelona, 1961.

(3) RAZON Y FE, t. 160, núm. 743, pág. 407 y sgs. - Madrid, 1959.

(4) Obras Completas, t. 1, pág. 6 y sgs. - Conferencia pronunciada en la Real Academia de Jurisprudencia de Madrid el 17 de mayo de 1913.

(5) Cf. RAZON Y FE, t. 168, núm. 788 - 89, pág. 161 - Sep. Oct.

1963. - TEOLOGIA FUNDAMENTAL PARA SEGLARES, t. 229, de la B.A.C., pág. 19, núm. 14 - Madrid, 1963.

(6) Biblioteca Herder, t. 34, pág. 17 - Barcelona, 1961.

(7) SELECCIONES DE TEOLOGIA, núm. 1, págs. 48 y sgs. - Barcelona, 1962.

(8) «Desde la época en que el Concilio de Trento trató de reparar las consecuencias de la crisis que desgarró de la Iglesia muchos de sus miembros en el siglo XVI, la doctrina sobre la Iglesia misma tuvo grandes cultivadores, y, en consecuencia gran desenvolvimiento». (Encíclica ECCLESIAM SUAM).

CATOLICISMO DE MASAS

«Se habla mucho hoy de la Iglesia de los pobres. Pero cada cual coloca bajo este nombre cosas bien diferentes. De hecho, dos concepciones de la Iglesia se enfrentan aquí. Para unos, la Iglesia es, antes que nada, un signo colocado en medio de las naciones. Ella ha de testimoniar, en medio del mundo, sobre todo aquello que sobrepasa el mundo. Lo esencial es que dé testimonio. Se le pedirá, sobre todo, que sea pura. Se intentará separarla de una civilización en la que se cree que queda comprometida. Se tendrá nostalgia de los tiempos de martirio y se hablará con gusto del «final de la Era constantiniana». Por último, se preferirá salvaguardar esta pureza, aunque sea a costa de abandonar a numerosos bautizados para los que el cristianismo apenas si es más que una práctica piadosa.»

«Pero frente a esta concepción, se abre paso otra no ya para defender a una cristiandad histórica, sino en nombre de las exigencias mismas del Evangelio y de una visión realista del porvenir. Para aquellos que tienen esta concepción, es un carácter esencial del Evangelio ser la religión de los pobres, no en el sentido de aquellos que están desprendidos de lo terreno, sino en el sentido de

la inmensa marea humana. La Iglesia les parece, como a San Agustín, la red que reúne a la vez a los peces buenos y a los malos, pero en la cual no nos toca a nosotros discriminar, cosa reservada a los ángeles. La condición auténtica de la Iglesia les parece ser aquella de los siglos de cristiandad, cuando todo el mundo era cristiano. Y es esta situación la que les parece deseable. Ella supone que la Iglesia se compromete en la civilización, porque un pueblo cristiano no es posible dentro de una civilización que les sea contraria. Y ellos prefieren este inmenso pueblo mezclado, a una Iglesia más pura, pero que parecería una capilla.»

«Si se estudian los primeros siglos del cristianismo, se comprueba que uno de los caracteres que distinguen a la Iglesia es su universalismo. El texto más notable a este propósito es el del pagano Celso, que se mofaba de las comunidades cristianas, en las cuales veía una chusma de gente prostituida y del montón. El les opone las confraternidades pitagóricas que se reclutaban entre las élites intelectuales y morales. Nada más inexacto, por lo demás, que oponer los tiempos preconstantinianos a los tiempos constantinianos, desde este punto de vista.»

«Nosotros vemos, ya en el siglo III, en Africa o en Alejandría, a Cipriano y a Orígenes lamentarse de la disminución del fervor por efecto de un desarrollo numérico considerable».

«Lo único que aquí es verdad es que esta extensión del cristianismo a un inmenso pueblo, cosa perteneciente a su esencia, estuvo obstaculizada durante los primeros siglos por el hecho de que el cristianismo se desarrollaba en el interior de una sociedad cuyos cuadros sociales y estructuras culturales le eran hostiles. La pertenencia al cristianismo requería un temple de espíritu del que no son capaces la mayoría de los hombres. La conversión de Constantino, al derribar estos obstáculos, hizo accesible el Evangelio precisamente a aquellos que no forman parte de las élites, al hombre de la calle. Lejos de falsear el cristianismo, esto les permitió realizar su naturaleza de pueblo».

«Es este pueblo cristiano que existe todavía en Bretaña o en Alsacia, en Italia y en España, en Irlanda y en Polonia, en Brasil y en Perú. Es este pueblo que se siente traicionado cuando ve a ciertas minorías católicas, laicas o sacerdotales más preocupadas por entablar diálogo con los marxistas que por trabajar en su defensa y en su expansión».

«Podría ser un cálculo criminal que, so pretexto de aliviar a la Iglesia para hacerla más misionera, la hiciéramos abandonar a la masa de los pobres que se ha confiado a ella. Este es el pueblo cristiano que ha resistido en Rusia a la ideología marxista. Este es el que la persecución actual se esfuerza en destruir. Y he aquí por qué esta persecución es particularmente odiosa, porque tiende a destruir lo que hay de más sagrado, la fe de los pobres».

«El drama del cristianismo occidental actual es la des-cristianización de las masas. Que haya crisis en las élites intelectuales, siempre ha sido así. No es más peligroso para un país cristiano contar con algunos intelectuales ateos que para un país ateo contar con algunos intelectuales cristianos. Pero lo que es difícilmente reparable, porque es el resultado de un largo y paciente trabajo, es la constitución de un pueblo cristiano».

«El problema está, pues, en preguntarse sobre las condiciones que hacen posible un pueblo cristiano. Y preguntarse, para ello, sobre las condiciones que lo han hecho posible anteriormente. Resulta extraño, en efecto, que sean, con frecuencia, quienes más hablan de evangelización de los pobres los que son más hostiles a las condiciones que hacen accesible el Evangelio a los pobres. La fe no puede estar verdaderamente arraigada en un país más que cuando ha penetrado la civilización, cuando exis-

te una cristiandad. El cristianismo no es accesible como revelación, a la masa de un pueblo, más que cuando ha arraigado en este pueblo como religión».

«Así, la Pastoral contemporánea viene a aportar una confirmación a la legitimidad del proceso constantiniano. Precisamente porque, a partir del siglo IV, el cristianismo penetró en la civilización occidental, porque hubo una cristiandad, pudo resultar el inmenso pueblo cristiano que fue el de occidente medieval y barroco. Este pueblo presenta, a todas luces, los defectos que son propios de todo pueblo. Para muchos el cristianismo era menos un compromiso personal que una tradición social, menos una fe sobrenatural que una necesidad religiosa. Pero la cuestión está en saber si no es precisamente deseable que el Evangelio pueda extenderse hasta esos pobres, que sin embargo, reciben algo de su potencia salvadora. Ahora bien, ese es el problema de la Pastoral actual de las masas. La experiencia muestra que es prácticamente imposible a un cristiano que no sea un militante perseverar en un medio que no le ayuda a sostenerse. ¡Cuántos van a la iglesia en su aldea que luego no van en la ciudad! ¿Podrá hablarse de cristianismo sociológico? ¿Se dirá que es mejor desembarazarse de tales cristianos? Esto sería totalmente falso. Porque el cristianismo de estos cristianos puede ser auténtico, pero no ser lo suficientemente personal como para poder manifestarse contra el medio ambiente. Ellos tienen necesidad, para ser cristianos, de un medio que les ayude. No puede haber cristianismo de masas sin cristiandad».

«Aquí reside la opción. Porque unos dirán que el cristianismo no tiene necesidad de poseer numerosos adeptos; que es mejor pocos cristianos y que sean fervorosos y que, por añadidura, está claro que las exigencias del Evangelio son tales, que nunca estarán al alcance más que de un pequeño número... Se comprende lo que en ese razonamiento pueda haber de justo. Pero resulta totalmente inaceptable».

«Oponer una civilización profana a una civilización sacral, considerar que la Iglesia y la ciudad deben moverse como mundos separados, es un punto de vista irrealista y peligrosos. Peligroso para la fe, porque ésta no puede ser la fe de los pobres más que en una civilización que la hace normalmente accesible a los pobres sin constituirle en privilegio de una selección de espirituales. Es peligrosa para la civilización, porque la deja constituirse de una manera incompleta e inhumana. Este es el problema que conviene plantearse».

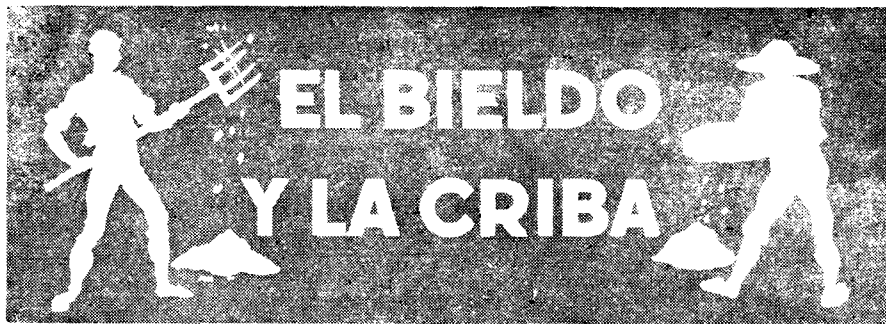
DANIELOU, S. I.

(De «La France Catholique»)



GENERAL: Que todos sientan rectamente la dignidad del trabajo.

MISIONAL: Que el pueblo coreano encuentre en la doctrina de Cristo la salvación y la prosperidad.



Bajo este título, el semanario «*Aspects de la France*», en su edición correspondiente al 16 de septiembre de 1965, publica un texto que traducimos para los lectores de CRISTIANDAD.

Un Monje, un Canónigo y un Cardenal

Recientemente, un reverendo padre —poco importa la Orden a que pertenece— al que el Nuncio Apostólico había prohibido pronunciar en Bruselas una conferencia a la mayor gloria del comunismo chino, ha encontrado muy natural, al no poder hacer su elogio del materialismo ateo en Asia, escribir y difundir extensamente el texto que se le había prohibido.

No tenemos suficiente categoría para censurar esta astuta forma de desobediencia y concierne a sus superiores religiosos el juzgar si en esta circunstancia el monje ha adecuado su conducta a la regla que libremente aceptó.

Pero tenemos perfecto derecho para calificar de triste y peligrosa en el plano político la falta de juicio que testifica el documento ya imperso.

Se conoce ya suficientemente el que, para un cierto número de clérigos, la condena por Pío XI del «*comunismo intrínsecamente perverso*» está tan prescrita como el «*Syllabus*» de Pío IX. Su desenvoltura ante las encíclicas pontificias no les autoriza a defraudar la materialidad de los hechos ni a razonar puerilmente.

Porque es prueba de infantilismo mental comentar con admiración el

régimen de Mao, por haberse impuesto a 700 millones de chinos, deduciendo que conquistará fatalmente a todo el continente asiático. Según este razonamiento, con el irresistible valor del número y la irreversibilidad del sentido de la Historia, si este servidor de Dios hubiera vivido en el año 33 de la era cristiana, ¿hubiera tenido parecido criterio acerca del Sanhedrín y sus maestros romanos contra el Crucificado? Y en 1939, ¿se hubiera unido al nazismo triunfante que prometía un milenio de hegemonía germánica?

* * *

El canónigo Kir nos ha venido a demostrar que no basta pertenecer al clero secular para no divagar a propósito de los países sometidos al totalitarismo comunista.

El diputado-alcalde de Dijon es un sabroso y pintoresco personaje. Sus sorprendentes declaraciones a «*Bien Public*», a su regreso de un viaje por Europa central, nos obligan a constatar una vez más que si los años hacen ciertamente viejos, no hacen necesariamente sabios. Su intrépida afirmación de que Hungría y Checoslovaquia avanzan a grandes pasos en la vía del progreso y la prosperidad no está de acuerdo con algunos aventurados asertos.

Según estos, parece que la ciudad de Budapest fue destruida, en gran parte, en la última guerra, por los bombardeos alemanes. ¡Y nosotros que creíamos, bajo palabra de los periódicos, que la antigua ciudad de Buda y la estatua gigante de San Gerardo habían sido destruidos por los cañones y aviones soviéticos en 1945!

Craso error el creer que la patria de San Esteban se halla sometida a una dictadura. En Budapest, como en Praga, es el «conjunto de todos los ciudadanos los que se interesan en la gestión de las funciones públicas».

¡Y que cesen de acribillarnos los oídos con la cuchufleta de Mindzenty! El canónigo Kir ha declarado que «contrariamente a una leyenda muy extendida entre nosotros... el entendimiento en el plano religioso como en el social es perfecto».

El Decano de la Asamblea Nacional viene a dar la razón al monje indicado escribiendo con mucha serenidad: «Contrariamente a cuanto se nos cuenta con frecuencia, los dos países que he visitado tienen una independencia total en el campo político. Nación alguna podrá presionar sobre estos pueblos que emplean una magnífica e invencible energía en favor de la libertad. En razón de

esta alta comprensión de la existencia humana, debo decir que en estos países no existen ni huelgas ni huelguistas». Todos recordarán que en 1956 los tanques rusos llegaron a Budapest para reprimir la revolución obrera.

* * *

Las declaraciones del canónigo Kir fueron hechas el día 19 de agosto. «*La Croix*» del día 31 de agosto ha creído deber invalidarlas dedicando una columna entera a la conferencia de prensa del Cardenal Beran, arzobispo de Praga, en Asís.

El Cardenal ha declarado que las autoridades checoslovacas le ha-

bían permitido asistir en Roma al Concilio, pero no regresar entre sus diocesanos.

Ha asegurado que la persecución religiosa del régimen comunista es más dura que la del régimen nazi. Ha manifestado que no existen más que dos seminarios en el antiguo reino de Bohemia y que el número de seminaristas está severamente controlado. «Los aspirantes al sacerdocio —ha afirmado— necesitan ser presentados por el Partido Comunista»...

La púrpura —alguien diría— hace deformar la verdad. Contamos, sin

embargo, con un monje independiente y un canónigo para abrirnos los ojos...

De estos tres hombres que han recibido el sacramento del Orden, sólo hay uno entre ellos que parece haber sufrido más persecución por la justicia. Y este es el Cardenal, al que su fidelidad a la Iglesia le ha valido el cautiverio en Dachau, bajo el régimen nazi, y catorce años de confinamiento en la Checoslovaquia comunista. Estos dos pequeños detalles me inclinan a conceder a su palabra un mayor valor.

XAVIER VALLAT

La libertad de los católicos en cuestiones temporales

Existe hoy en día un gran interés por el tema de la libertad de los laicos en sus actuaciones temporales. El Concilio, sobre todo la «Constitución sobre la Iglesia», han puesto de relieve todavía más, si cabe, esta cuestión. Sin embargo, existe también, en lo que se conoce como la «opinión del hombre de la calle», un acentuado confucionismo en lo que se refiere al ejercicio práctico de esa libertad.

Se entiende, de antemano, que en la formación de sus opiniones y en su actuación, el laico se mueve dentro de los límites fijados por la Iglesia en los respectivos campos. Por lo tanto, se trata de libertad en el terreno de lo «opinable» dentro de los límites amplios que va señalando el Magisterio auténtico. Den-

tro de estos límites, hay cuestiones en las que es lícito, muy lícito, y a veces aún obligado, opinar como uno quiera: son cuestiones científicas, artísticas, económicas, sociales y políticas en las que la mente humana tiene una libertad absoluta de indagación. En estas cuestiones el católico, como otro ciudadano cualquiera, al formar su opinión y actuar con libertad tiene una responsabilidad personal. Por ejemplo, si un católico ostenta una posición privilegiada dentro de un determinado partido político, no por eso los demás católicos deberán afiliarse al mismo partido, o si, por otra parte, fracasa o triunfa en su actuación profesional, los éxitos o fracasos son suyos, personales. En modo alguno pueden considerarse como fracasos o éxitos de la Iglesia.

A nadie se le ocurriría siquiera pensar en la posibilidad de que todos los católicos de un país determinado tuvieran una actitud mental común ante cuestiones no estrictamente dogmáticas. Sin embargo, se impugna, en la práctica, no pocas veces, esa libertad que tienen los católicos y se pretende que todos tengan una mentalidad de «partido único».

No siempre se impugna, de modo explícito, esa libertad, pero con demasiada frecuencia se escuda esta intentona al atribuir a todos lo que opina un determinado individuo.

Unidad en la diversidad, es la doctrina católica. La libertad en cuestiones opinables no es un obstáculo en contra de la unidad divina de la Iglesia. Como dice muy bien mon-

señor José María Escrivá de Balaguer: «Sería un gran error confundir la unidad con la uniformidad, e insistir, por ejemplo, en la unidad de la vocación cristiana, sin considerar al mismo tiempo la diversidad de vocaciones y misiones específicas que caben dentro de aquella llamada general y que desarrollan sus múltiples aspectos para el servicio de Dios».

Pocos tendrán dificultad alguna en aceptar la doctrina que llevamos expuesta. Sin embargo, no todos, con la prontitud que el caso requie-

re, reaccionamos ante personas que casi sistemáticamente escriben o hablan —muchas veces puede ser calumnias— de alguna institución o asociación de la Iglesia confundiendo con la actividad profesional de alguno —a veces es uno sólo— de sus miembros. Y esto, aunque parezca que la cosa va medio en broma, medio en serio.

«El Señor —leo en la Constitución Conciliar sobre la Iglesia— desea dilatar su Reino también por medio de los fieles corrientes»; un reino «en el que la misma criatura ha de quedar libre de la servidum-

bre de la corrupción en la libertad de la gloria de los hijos de Dios». Y más abajo sigue: «los fieles han de aprender diligentemente a distinguir entre los derechos y obligaciones que les corresponde *por pertenecer a la Iglesia*, y los que les competen *por ser miembros de la sociedad humana*». Y así, igualmente «como debe reconocerse que la ciudad terrena... *se rige por sus propios principios*», se «debe rechazar la funesta doctrina que intenta edificar la sociedad sin tener en cuenta para nada la religión».

JOSE MANUEL SALA

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Alvarez, S. J., José: **EL VOTO DE LA HISTORIA Y DE LA BIBLIA**. Madrid. Centro de Información y Orientación. 1965. 22 x 15 cms. 152 páginas.

Pendientes todavía, cuando esto escribimos, de las decisiones del Concilio Ecuménico Vaticano II sobre la Libertad Religiosa, nos llega con puntualidad y oportunidad excepcionales el libro del P. Alvarez sobre el tema en su aplicación concreta a España. A los libros tan claros y precisos de los PP. Guerrero, Muñoz, Prieto Rivera y Rafael Gamba, que nadie ha podido refutar, se añade ahora el trabajo meritísimo del P. José Alvarez, ya conocido por sus folletos sobre la «Libertad Religiosa» y la «Sinceridad en el Diálogo».

Nos hallamos ante un libro reposado y original. A él puede acudir con toda confianza quien quiera conocer cuanto la Sagrada Escritura en ambos Testamentos nos enseña sobre la materia. Los testimonios escriturísticos reunidos se aclaran y refuerzan recíprocamente, causando en el lector una convicción y seguridad pocas veces conseguida en temas semejantes.

Luego toman la palabra los Santos Padres y los Apologistas con su testimonio unánime e irrefutable. La brevedad en una materia en que habría sido muy fácil acumular autoridades sería el único

cargo que nos atreveríamos a hacer al Autor. Aunque no se lo reprocharemos al ir avanzando en la lectura de su libro y llegar a los testimonios que más hacen al caso particular de España. Nos referimos a la autoridad aducida de San Ignacio de Loyola y en las páginas siguientes a los grandes pensadores españoles: Balmes, Donoso Cortés, Menéndez Pelayo y el Cardenal Gomá.

El libro del P. Alvarez, primicias prometedoras del ya benemérito C. I. O., merecen ser meditadas y tomadas muy en serio. Después de ello no dudaremos en hacer nuestra la conclusión del Autor: La explicación del interés y de la presión que se ejerce sobre España es una razón que se oculta cuidadosamente: la de siempre. «Es necesario acabar con la preponderancia de la religión católica en las pocas naciones en que todavía se conserva; minarle el terreno a la verdadera fe para reducirle las posibilidades de reconquista; y también de rechazo, hundir a esta España que tiene la osadía de rehacerse, arrebátandole lo único que puede mantenerla en el camino que indefectiblemente la llevará a la prosperidad de otro siglo de oro: SU UNIDAD RELIGIOSA vivida con todas sus consecuencias».

SUMARIO

EL FINAL DEL CONCILIO SERA EL PRINCIPIO DE MUCHAS COSAS (del discurso de Paulo VI de 18-XI-65)

MISTERIUM FIDEI. Carta Apostólica sobre la Eucaristía

EL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION: Huella de la judeo-masonería en los modernos patriotismos. Luis Creus Vidal

EL CORAZON TRASPASADO DE JESUS SIMBOLO BIBLICO CENTRAL DE TODA REVELACION NEOTESTAMENTARIA. Daniel M.^a Agacino, S. I.

TRES GRANDES ENCICLICAS SOBRE LA BIBLIA II. Roberto Cayuela, S. I.

ESENCIA DEL DIALOGO DE SALVACION. Martirian Brunsó, Pbro.

CATOLICISMO DE MASAS. Danielou, S. I.

LA LIBERTAD DE LOS CATOLICOS EN CUESTIONES TEMPORALES. José Manuel Sala

UN MONJE, UN CANONIGO Y UN CARDENAL. Xavier Vallat

Suscripción ordinaria . . . 200 Ptas. año
 » de amistad de 200 a 1000 Ptas.
 » de protección a partir de 1000 »
 Número suelto 20 »

CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.